



EL CORAZÓN DE
UNA ESTRELLA

NOELIA AMARILLO



El Corazón de una Estrella

NOELIA AMARILLO

© Noelia Amarillo 2011

© de la cubierta: Alicia Vivancos

Primera edición diciembre 2015

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler, préstamo público o cualquier otra forma de cesión.

Dedicado a

Todos aquellos que, a pesar de que cada vez se anuncia antes (¡hasta más de dos meses antes!), a pesar también de los anuncios cada vez más machacones (y lacrimógenos, y pesados, y cursis) y, cómo no, a pesar de tener que soportar el histerismo consumista que parece asolarnos en estas fechas, seguimos amando la Navidad.

O no.

Dedicado también a quienes no les queda más remedio que soportar la Navidad. Y las cenas con la familia (con ¡toda! la numerosa familia). Y las comidas multitudinarias. Y las luces de

colores en la calle, los niños
alborotadores en casa y los familiares
de la más diversa índole que acaban (y
en ocasiones incluso empiezan) la noche
demasiado animados...

Yo, a pesar de adorar la Navidad,
os comprendo.

Y me solidarizo con vosotros.

ÍNDICE

Dedicado a

ÍNDICE

A mis queridos lectores

Capítulo 1 - Un regalo inesperado

Capítulo 2 - cría fama y échate a temblar

Capítulo 3 - Cada loco con su tema

Capítulo 4 - A grandes males, grandes remedios

Capítulo 5 - La curiosidad mató al gato

Capitulo 6 - Año Nuevo, vida nueva

Capítulo 7 - La importancia de una Estrella

Capítulo 8 - Lo que oculta el
corazón de una estrella

Epílogo - Cuando el corazón habla

Un poco sobre Sirius y Deneb...

Agradecimientos

NOELIA AMARILLO

BIBLIOGRAFÍA

A mis queridos lectores

Cuando escribí *El Corazón de una Estrella*, allá por el año 2011, lo hice inspirada por un concurso de la ya desaparecida Editorial La Máquina China. Debo reconocer que lo presenté sin muchas esperanzas de que fuera a hacerse con el premio, la verdad. No era el primer concurso en el que participaba y en ninguno había tenido el acierto de presentar una novela que destacara sobre las demás a ojos del jurado. Así que, dada mi experiencia (bastante

desmoralizadora), os podéis imaginar mis (inexistentes) expectativas.

Pues mira tú por dónde, me equivoqué.

Resulté ser una de las cinco ganadoras del I Premio de Narrativa Romántica La Máquina China.

No os podéis imaginar la ilusión que me hizo. Era la primera vez en mi vida que ganaba un certamen literario y además lo había hecho mezclando dos temas que me apasionan: las estrellas y la Navidad (sí, lo reconozco, soy una de esas locas que disfruta como una chiquilla de la Navidad y el estrés que conlleva).

En un momento de mi vida en el que estaba bastante desalentada por ciertos

temas que no vienen al cuento, este premio resultó ser el empujón que necesitaba para seguir adelante. ¡Y menos mal que lo hice!, porque pocos meses después quedé finalista del VI Premio de Novela Romántica Terciopelo con *Quédate a mi lado*, lo que supuso mi, por así decirlo, consolidación en este difícil mundillo; pero esa ya es otra historia.

En diciembre de 2011 este relato fue publicado en papel formato bolsillo con los otros cuatro ganadores del certamen en la Antología Sueños de Navidad. Estuvo en el mercado unos años, pero en 2014, tal vez antes, dejó de estar disponible. Y, a mí esto me daba una pena enorme porque El

Corazón de una Estrella es una de mis novelas cortas favoritas.

No podía dejar que la historia de Sirius y Deneb se olvidara. Me dolía el alma solo de pensar en esa opción. Además, y aunque esté mal que yo lo diga, este relato tiene el final más hermoso y emotivo que he escrito (y escribiré) jamás. No podía ser solo yo quien vertiera miles de lágrimas con él.

Así que, a pesar de mi cada vez más alarmante falta de tiempo, mi evidente escasez de conocimientos en maquetación y la poquísima pericia que tengo a la hora de diseñar nada que no sea una palabra tras otra en una página, me puse manos a la obra.

Aprendí un poco, pregunté un

mucho, investigué un bastante y por último, me aventuré en el, para mí, ignoto mundo de la autopublicación.

Este es el resultado.

Espero que os guste.

Noelia Amarillo

Noviembre 2015

Capítulo 1 - Un regalo inesperado

Deneb miró con disimulo la hora en el reloj de su muñeca. Eran más de las seis de la tarde y la fiesta de Navidad no tenía visos de terminar. Apretó los dientes para contener un bostezo y esbozó, no sin esfuerzo, la sonrisa de *rubia tonta* que era su seña de identidad desde hacía tres meses. Echó un vistazo a su alrededor y llegó a la conclusión de que ya iba siendo hora de desaparecer del evento.

Sus compañeros de trabajo estaban reunidos en pequeños grupos y se

aseguraban de comentar, cuando los directivos pasaban cerca de ellos y en voz bien alta, por supuesto, las delicias de trabajar en esa empresa. Claro qué, en cuanto tenían vía libre, susurraban con saña las miserias del sueldo y el trabajo de esclavos que realizaban. A ella le hubiera gustado formar parte de alguno de esos grupitos cerrados, habría despotricado más que nadie contra los jefazos. Pero, los mismos compañeros que criticaban a los directores y gerentes, le vetaban la entrada a sus círculos de amistad. Tampoco le extrañaba mucho, al fin y al cabo era la *asistente personal* del jefe más cabrón, esclavista y ególatra de la empresa.

Asistente personal, ¡y un cuerno!

Deneb era en realidad la «tía buena» del departamento de producción y su único cometido en éste era, ni más ni menos, que llevar el café y las pastas a don Ernesto, eso sí meneando bien el culo y poniendo cara de niña tonta y lasciva. ¡Un asco!

Odiaba su trabajo. Lo detestaba hasta límites insospechados, pero era el único que había podido conseguir.

Había pateado sin tregua las calles durante meses y meses, había esgrimido su estupendo currículum vitae ante cada director de recursos humanos con el que logró entrevistarse, había expuesto su lado más perfeccionista y emprendedor. En definitiva se había mostrado tal y como era, y en todas partes le habían

dicho lo mismo: No hay trabajo para ti.

Por tanto, cuatro meses atrás, harta ya de dejarse la piel sin conseguir nada, decidió cambiar de estrategia.

Eliminó las licenciaturas en filología inglesa y alemana, y suprimió, no sin cierto pesar, sus trabajos como intérprete y traductora. Necesidad manda. Y así, su currículum pasó de ser inmejorable a ser una birria. Justo lo que necesitaba. Inventó un par de trabajos de poca monta para no verlo tan vacío y a continuación, y sin pensárselo dos veces por temor a dar marcha atrás, salió de compras e hizo una remodelación completa de su vestuario. De formal y elegante a sensual y atrevido.

El plan dio resultado. En menos de una semana había conseguido trabajo.

Y ahí estaba ahora, vestida como una putita, aburrida como una ostra y deseando largarse a casa lo más rápido posible. Giró sobre sus altísimos tacones de aguja, se bajó con disimulo la escasa minifalda que apenas le tapaba el trasero, cogió la inútil chaqueta de polipiel que ni por asomo la resguardaba del frío pero que era súper sexy e intentó abandonar el salón de reuniones de la empresa sin que nadie se diera cuenta.

No pudo ser.

—¡Deneb! —gritó su *querido y adorable* jefe. Las miradas de todos los presentes se centraron en ella. ¡Genial!

— No estarás pensando en abandonarnos, ¿verdad? —le preguntó Ernesto con la voz gangosa de un borracho y la mirada lasciva de un cerdo, y con esto no pretendo ofender al pobre animal que de nada tiene culpa.

—No. Claro que no —negó ella con una sonrisita estúpida mientras sus pestañas subían y bajaban a mil parpadeos por segundo—. Sólo iba a llenarme la copa. La noche es joven y quiero ¡fiesta! —exclamó meneando las caderas y poniendo morritos.

—¡Estupendo! —asintió satisfecho el gordinflón a la vez que le guiñaba un ojo— Y ahora, amigos y compañeros de fatigas ha llegado la hora de... ¡El regalo de Navidad! —gritó.

Todos los allí reunidos le miraron alucinados. Era la primera vez que la empresa les iba a dar algo gratis (aparte de disgustos).

Ernesto permaneció expectante unos segundos, hasta que por fin se dio cuenta de que nadie iba a decir nada; entonces carraspeó y dedicó a sus trabajadores una afiladísima mirada. Todos prorrumpieron en gritos, aplausos y hurras.

—¡Bien, bien! Me alegra que os entusiasme la sorpresa —comentó complacido—. Según os vaya nombrando pasareis por mi despacho para recoger vuestro regalo y darme las gracias —ordenó.

Y así fue como uno a uno todos los

empleados entraron en la cueva del ogro, para salir al cabo de pocos segundos con un diminuto paquete en las manos y la decepción pintada en el rostro.

Deneb, tal y como había intuido, porque de tonta, a pesar de fingirlo, no tenía un pelo, fue la última en ser llamada.

—Deneb, querida, espero que no te haya molestado que te nombrara al final, quería deshacerme de todos esos patanes para poder darte tu regalo en la intimidad y sin riesgos de ser molestados —Ernesto se acercó a ella para pasarle un brazo por los hombros, atrapándola contra él—. Estoy seguro de que te va a encantar —se chupó los

labios con evidente lascivia y acto seguido intentó lamer el cuello de la joven.

Y Deneb, como no podía ser de otra manera, interpretó a conciencia el papel de rubia tonta. Tropezó *sin querer* con la carísima alfombra del despacho, dio dos pasitos para recuperar el equilibrio y, como colofón final, clavó con precisión uno de sus afiladísimos tacones sobre el empine del carísimo y brillante zapato del baboso de su jefe.

—¡Uy! ¡No sabe cuánto lo siento! ¿Le he hecho daño? Ay, que torpe soy.

—Tranquila —La disculpó él con la voz estrangulada y los ojos fijos en su dolorido y destrozado pie izquierdo—. Un tropezón lo tiene cualquiera. Deja

que me siente para que me recupere, y mientras tanto, abre tu regalo —ordenó derrumbándose en su cómodo sillón de oficina, giratorio y con ruedas, a la vez que señalaba el paquete largo y estrecho envuelto en un hortera papel rojo chillón.

Deneb caminó hasta la mesa sin olvidarse de menear el culo y cogió la caja con ambas manos. Se mordió los labios, pestañeó varias veces, dio saltitos entusiastas, sacudió el paquete abriendo mucho los ojos y dio por finalizada su actuación abriéndolo con una enorme e ilusionada sonrisa en los labios.

La sonrisa se borró de su cara un segundo después.

—¿He acertado con la talla? — escuchó preguntar al idiota libidinoso que tenía por jefe.

Deneb cerró la boca que se le había quedado abierta en una mueca alucinada, pestañeó sin coquetería por primera vez en tres meses y sacudió la cabeza para aclararse las ideas antes de contestar con voz ronca y sensual.

—Ups, pues no lo sé, tendría que probármelo —afirmó sacando un diminuto tanga rojo, que parecía más un hilo dental que una prenda íntima.

—Sigue buscando, todavía hay más —informó salivando el jefe.

—¡Ay! ¡Qué *ilu!* —exclamó Deneb llevándose las manos a sus prominentes pechos con ánimo exagerado—. ¡Un

sujetador a juego! —gritó cogiendo un sostén al que le faltaban dos círculos de tela situados justo en el lugar en el que irían los pezones—. ¡Es divino!

—He elegido el rojo porque estamos Navidad, para que lo lleves en fin de año y te de suerte. Ya sabes lo que dicen.

—Uy, no, ¿Qué dicen?

—Que hay que recibir el año con algo rojo y algo usado —arqueó varias veces las cejas.

—Ah —Deneb observó confundida el histriónico baile de cejas. ¿Qué se suponía que significaba?

—Ya tienes algo rojo, ahora solo falta estrenarlo para que también sea algo usado —dijo él taimado. Acto

seguido se repantigó en la silla, abrió las piernas y se llevó una mano a la prominente erección— Adelante, no te dé vergüenza —la instó.

Deneb observó el tanga, miró patidifusa a Ernesto y tornó de nuevo la vista al sujetador. Se mordió los labios y arrugó la nariz. El día había llegado. Tras tres meses de evitar quedarse a solas con él, de esquivar sus encerronas y sortear sus intentos de sobeteos, había caído de lleno en su trampa. En fin, qué se le iba a hacer.

Alzó la barbilla, se colocó el ridículo sostén entre los dientes y se las apañó para sujetarlo mientras esbozaba una sonrisa sensual. Escuchó complacida el jadeo de su jefe. A

continuación pasó los pulgares por las tiras del tanga, tiró hasta dejarlo bien tirante y subió los brazos por encima de su cabeza en un baile insinuante.

Ernesto comenzó a frotarse la erección por encima del pantalón.

Deneb se acercó contoneándose, hasta quedar situada entre las piernas del hombre babeante y sudoroso que observaba ávido cada uno de sus movimientos. Se dobló por la cintura hasta que su cara quedó a pocos centímetros de la de él y, con un movimiento súbito, escupió el sujetador, le encajó el tanga en la cabeza y le golpeó con la rodilla en sus partes (in)nobles.

—¡Pero qué argh...! —alcanzó a

decir el jefecillo antes de sentir por completo el tremendo dolor de cojones que le duraría al menos un par de horas.

—Ups, lo siento, ¿Te he hecho daño? —preguntó Deneb mordiéndose compungida los labios—. ¡Pues te jodes! ¡Cabrón! —gritó para luego aferrar los brazos del sillón de oficina con ambas manos, girarlo en dirección a la puerta y empujarlo contra ella con todas sus fuerzas.

Todos los empleados se voltearon bruscamente al oír un tremendo golpe. Segundos después la puerta del despacho del Director de Producción se abrió con un gran estrepito al ser atravesada por un enorme sillón de cuero negro con ruedas. Sobre éste, y

sujetándose la entrepierna con gesto agonizante, se balanceaba Don Ernesto. Tras él salió Deneb y, ¡oh, sorpresa!, por primera vez desde que empezó a trabajar allí, ni parecía tonta ni caminaba contoneándose ni sonreía.

—¡Despedida! —acertó a decir el sufrido hombre entre resuellos y sollozos de dolor.

—¡Estupendo! —respondió Deneb agarrando su chaqueta y su bolso.

Enfiló con paso airado hasta la salida de planta, abrió la puerta con violencia, dio un paso fuera, se detuvo en seco, se giró y volvió a entrar dirigiéndose hacia el jefe. Este se protegió los testículos con ambas manos, no fuera a ser que la loca esa le volviera

a atacar. Deneb le ignoró, continuó hasta la mesa en la que habían armado un pequeño Belén y arrancó la estrella que apenas dos días antes ella misma había colocado allí.

—Es mía y me la llevo —lo advirtió con mirada acerada. Era su adorno favorito de Navidad y no pensaba dejarlo allí.

—Coge tu puñetera estrella y métetela por donde te quepa —increpó Ernesto envalentonado, ahora que los demás directivos se habían reunido a su alrededor.

—No es una puñetera estrella —dijo Deneb, la espalda muy erguida y la barbilla muy alta—. Es *Sirius*, la estrella más brillante del firmamento.

Aquella que guió a los tres Reyes Magos.

Ernesto observó estupefacto a la muchacha. ¡Si hasta parecía inteligente la muy boba!

—Es la Estrella de Oriente ¡Imbécil! —gritó Deneb ante el mutismo de su exjefe—. Vaya, si al final va a resultar que con mis dos carreras soy mucho más lista que tú. ¡Idiota! —apostilló saliendo de la planta a la vez que daba un tremendo portazo.

En ese mismo instante, a millones de millones de kilómetros por encima de su rubia cabeza, Sirius centelleó.

Capítulo 2 - cría fama y échate a temblar

Sirius parpadeó varias veces al escuchar su nombre en la misma frase que las palabras: Estrella, Oriente y Reyes Magos. Se llevó las manos a la cabeza y se mesó los zarcillos de hidrógeno líquido que componían su cabello. Comenzó a contar lentamente; no había llegado al número cuatro cuando escuchó las carcajadas de Orión. Se elevó enfurruñado de su resplandeciente nube de oxígeno y atravesó veloz el cúmulo de hierro,

helio e hidrógeno que conformaban los confines de su reino. Se asomó a la profundidad infinita del firmamento y gruñó al escuchar con claridad meridiana las risitas y susurros de sus compañeros de universo.

—¡Genial! ¡Francamente genial! Para una vez que se me ocurre hacer algo fuera de lo normal, lo tienen que ver tres aristócratas de oriente vestidos de gala que no saben tener la boca cerrada —musitó para sí.

—Vamos, Sirius, no te enfades —tronó a lo lejos la voz de El Cazador—. No es tan malo. A todos nos gustaría ser reconocidos como la bondadosa estrella que ilumina el camino al Portal de Belén. Eres tan... entrañable —finalizó

con un estallido de risas.

—El gran Homero dijo de mí que era la estrella más malvada —aseveró Sirius indignado—. He sido «La antorcha de Loki», «El lobo celestial», «La estrella perro» y «El cazador de ciervos».

—Nadie dice lo contrario — comentó conciliador Rigel unos cuantos parsecs por encima de él.

—Entonces, ¿por qué todo un planeta me recuerda como la estrella brillante que condujo a tres barbudos con complejo de mago Merlín hasta un mocosito llorón?! ¡No es justo! ¡Soy fiero, peligroso y tengo muy mala leche! ¡No tengo nada que ver con esa fiesta consumista y cursi a la que llaman

Navidad!

Un coro de carcajadas recorrió las constelaciones de Orión, Can Maior y Puppis tras la pataleta de Sirius.

—Podéis reiros todo lo que queráis, pero una cosa os digo: Quien ríe el último ríe mejor —advirtió el orgulloso Sirius.

Penetró enfadado en su cúmulo de partículas de carbono, oxígeno, hierro e hidrógeno; comprobó que éstas se expandían y fisionaban a la velocidad adecuada, provocó un par de reacciones nucleares para asegurarse de que todo marchaba correctamente y comenzó a girar sobre sí mismo a velocidad vertiginosa.

—Sirius —escuchó una voz suave

entre las capas de helio.

—Antares —saludó Sirius deteniéndose.

—No hagas una locura de la que luego puedas arrepentirte —le recomendó con cariño su amigo.

—No voy a hacer ninguna locura, sólo quiero poner las cosas en su sitio.

—Todo está en su sitio.

—¡No! No lo está. Hace siglos se me ocurrió brillar un poco más de la cuenta, y desde entonces me recuerdan como la estrella *bondadosa* —apostilló con sarcasmo— que guió a tres reyes magos hasta un bebe histérico en un pesebre. ¡Han pasado más de dos mil años y siguen con lo mismo! ¡¿Cuándo lo van a olvidar!?! —estalló en cólera

haciendo que varias nubes de gases que pululaban a su alrededor huyeran espantadas.

—Brillaste con fuerza para consolar a un recién nacido que estaba llorando. Tu fulgor guió a tres reyes de la antigüedad hasta él. Ese niño se convirtió en un dios al que aún hoy adora la mayor parte de un planeta. Deberías sentirte orgulloso.

—Si a ti te pegaran cada año en una pared sobre un pesebre de cartón piedra o te colocaran sobre la rama más alta de un pino de plástico, ¡ya veríamos si te sentirías orgulloso! —espetó Sirius comenzando a girar de nuevo sobre sí mismo.

Antares suspiró y negó con su

nebulosa. Su amigo estaba a punto de meterse en un buen lío.

Poco más tarde un torbellino de viento cósmico levantó una gran polvareda frente al Planetario, en el madrileño parque Tierno Galván. Poco a poco el polvo se fue posando en el suelo, mostrando a los escasos transeúntes que por allí paseaban una extraña visión: un hombre extremadamente pálido con una brillante cabellera rojiza que estaba desnudo. Por completo. Sin un solo trapito que le cubriera salva sea la parte.

Sirius fijó la más aterradora de sus miradas sobre la pobre pareja de

ancianos que paseaban a su perro y, enseñándoles con ferocidad sus blancos dientes, gruñó. Los abuelos no se dejaron intimidar. La mujer enarboló su paraguas amenazándole con dar parte a la guardia civil, el hombre se quejó de que con Franco esas cosas no pasaban, y el perro, el único de los tres viandantes con dos dedos de frente, optó por meter el rabo entre las patas y tirar de la correa intentando huir de allí. Al fin y al cabo, el pobre chucho había olfateado a la «cosa» que tenía delante y había percibido, sin lugar a dudas, que no era humana. Al final, el anciano, harto de bregar con su perro y con el paraguas de su mujer, se inclinó por lo más sabio: Dar media vuelta entre gruñidos y

alejarse del maricón drogadicto que les había fastidiado el paseo.

Sirius parpadeó confuso. No sólo no le tenían miedo, sino que encima se habían metido con él. En los viejos tiempos eso no hubiese pasado, los antiguos griegos habrían huido de él como de la peste. ¡Cómo había cambiado el mundo! Bufó enfadado a la vez que procedía a comprobar que estaba todo correcto.

Veinte dedos, cinco para cada una de las cuatro extremidades. Dos ojos, ambos en una única cabeza. Sonrió al imaginar la reacción de los humanos si se presentara ante ellos con los diez ojos que lucían en el abdomen los habitantes del planeta Cerirshor.

Cabeceó disgustado por la distracción y continuó la revisión. Tenía cosas que hacer, no podía perder el tiempo. Observó con atención el cuerpo que se había creado. ¿Faltaba algo? O lo que podía ser peor, ¿Sobraba algo? Entornó los ojos intentando recordar exactamente la fisonomía de los humanos y al final se decidió por adoptar el cuerpo de El David, la escultura de Miguel Ángel. Moldeó cada uno de sus átomos para darle la forma elegida y cuando hubo completado las modificaciones contempló con atención su cuerpo. Había dos cosas que no le gustaban especialmente; la primera, el cabello. Demasiado rojo, pero algo tenía que hacer con el hierro que formaba parte de

su naturaleza y el único lugar donde podía poner lo que le sobraba era allí, en el pelo. La segunda, el pene. Los genitales del *David* eran ridículos. Diminutos. Infantiles.

Y él era Sirius, la estrella más brillante, fuerte, poderosa y formidable del universo.

Negó con la cabeza y con un gesto dio forma a sus atributos masculinos a su antojo. Cabeceó satisfecho al ver el resultado: Ahora tenía un pene imponente. No es que le fuera a dar algún uso, no le interesaba eso que los humanos llamaban sexo; demasiados jadeos y sudores para que al final se les quedara cara de idiotas durante un par de segundos. No. Había aumentado su

tamaño sólo por principios. Todo en él era grandioso y por ende su pene, también.

Una vez dado el visto bueno a su nuevo cuerpo, se puso en marcha. Lo primero que comprobó fue que no podía andar desnudo por las calles. No porque la gente se asustara, ¡qué va!, si no porqué tendrían a reírse de él y tirarle objetos. Era degradante. Se sintió tentado de provocar una pequeña explosión nuclear para que esos idiotas se dieran cuenta de con quien se las estaban viendo.

Respiró profundamente para calmarse, con la mala suerte de que lo hizo frente a un coche acelerando, lo que provocó una pequeña sobredosis de

monóxido de carbono en sus recién creados pulmones. Cuando consiguió dejar de toser, ya había encontrado la solución a su problema. Se acercó tranquilamente hasta un piso bajo que tenía ropa tendida en la terraza, eligió lo que podía valerle, lo tomó *prestado*, y se vistió. Pantalones y camiseta. No necesitaba más, podía modificar la temperatura corporal de su estupendo y perfecto físico, por tanto no sentía frío ni calor. Echó a andar, era hora de encontrar a la humana que se había atrevido a mentarle.

Tras caminar un par de minutos se dio cuenta de que se le había olvidado algo imprescindible: unos zapatos. En sólo pocos metros había pisado tres

colillas, un par de chicles y una cosa asquerosa formada por los mocos de algún humano desaprensivo que había esputado sobre la acera. ¡Qué asco!

Capítulo 3 - Cada loco con su tema

Deneb bajó los cuatro escalones que separaban su portal de la calle de un solo salto. Consiguió aterrizar en la acera sin torcerse ningún tobillo, hecho casi milagroso teniendo en cuenta sus tacones de diez centímetros, y comenzó a caminar con paso apresurado hacia la parada de metro más cercana. Eran más de las nueve de la noche y en casa de sus padres, en Nochebuena, se cenaba a las diez. No podía llegar tarde.

Giró la esquina de la calle sin dejar de observar la carretera con la vana

esperanza de encontrar un taxi, como si tal milagro fuera posible, y se dio de bruces con el hombre más guapo y extraño que había visto en su vida. Era altísimo, debía de rondar el metro noventa y cinco, el cabello, de un fulgurante color rojo, largo hasta los hombros y la piel blanca, que más que pálida, era luminosa. Sus ojos eran negros como dos trozos de carbón y su cuerpo perfecto asemejaba al de un dios griego. Vestía una camiseta blanca y unos vaqueros desgastados que le caían por debajo de las caderas, e iba descalzo. No había nada más sobre su escultural anatomía. Ni un abrigo ni un gorro, ni siquiera una mísera bufanda. ¡Debía estar mal de la cabeza para andar

semidesnudo por Madrid en pleno invierno!

—Disculpa —se excusó esquivándole y continuó su carrera en busca de un taxi.

—¡Detente, Deneb! —tronó el hombre.

Deneb frenó en seco, se dio media vuelta y le observó detenidamente. ¿Cómo sabía su nombre?

—Perdona, ¿te conozco de algo? —preguntó segura de que no le conocía de nada. Un tipo como ese no se olvidaba con facilidad.

—Me has invocado hace menos de tres horas —afirmó él con seguridad.

—¿Invocado? ¿A ti? —Le miró de arriba abajo, negó con la cabeza y siguió

su camino, ignorándole. Tenía demasiada prisa como para enredarse a hablar con un desequilibrado.

—¡Detente, mujer! —exclamó él haciendo que todos los que caminaban por la acera giraran sus cabezas y se detuvieran a observar el espectáculo—. No puedes invocarme para luego ignorarme.

—A ver, guapito de cara, en primer lugar no tengo ni pajolera idea de quién eres, por tanto no te he podido invocar. Y en segundo lugar, ¡tengo prisa! ¡Es Nochebuena y llego tarde!

—¡Me has invocado en el mismo momento en que mi nombre ha salido de tus labios! —sentenció Sirius al escuchar las palabras de Deneb. ¡Por

qué no caía de rodillas y rendida ante él? ¡Ah, claro! Porque la pobre humana no sabía quién era él—. Soy Sirius, la estrella más brillante del firmamento — informó con una enorme sonrisa en la boca al intuir la inminente reacción de la mujer.

Esa reacción no fue la esperada.

—Vale, encantada de conocerte. Adiós —se despidió ella levantando la mano para llamar al único taxi que seguramente circulaba por todo Madrid. No podía creer su suerte.

—No es necesario que alces tu brazo en loas a mi persona —informó él, satisfecho al ver que ella por fin daba muestras de reconocerle, aunque extrañado por cómo habían cambiado

los usos adoratorios en este siglo. Le asió la mano con una de las suyas y tiró hasta colocarla frente a él.

El taxista hizo un aspaviento al pensar que era solo una pelea de enamorados y siguió circulando remiso a perder el tiempo con tonterías.

—¡Acabas de hacer que pierda mi único medio de transporte! —gritó Deneb.

—No necesitas ningún vehículo para realizar tu misión en la tierra.

—¿Mi qué?

—Desde este momento eres mi mofeta.

—¿Tu qué?

—Mi mofeta —repitió Sirius armándose de paciencia. Esa mujer era

aun más tonta de lo que parecía—. Tu boca hablará por mí. Tú serás quien anuncie mis predicciones a los habitantes de este planeta.

Deneb parpadeó aturdida hasta que consiguió entender a qué se refería el demente que la impedía marcharse.

—¡Profeta, no mofeta, idiota!

—Sin insultar, eh, que yo a ti no te he faltado al respeto —replicó Sirius dolido. Un error lo podía tener cualquiera, tampoco había que ser tan tiquismiquis con las palabras.

—Lo siento, no ha sido mi intención... ¡Mierda! —exclamó Deneb al darse cuenta de que se acababa de disculpar—. Vamos a ver si me he enterado bien. Me estás diciendo que

eres Sirius, la... ¿Estrella de Oriente?

—¡Y dale con la Estrella de Oriente! ¡Menuda perra habéis cogido los humanos con el puñetero alias! — explotó Sirius indignado—. Tengo nombre propio, y es Sirius. La estrella Perro, la más brillante de la constelación Can Maior y de todo el firmamento —especificó él irritado.

—Entiendo. Y quieres que yo sea tu... profeta —dijo Deneb muy despacio para no alterar todavía más al altísimo chiflado que se creía una estrella, y no una de cine o de música, que va. Una de las que estaban en el cielo. ¡Tócate los pies!

—Exacto. Y Ahora, no pierdas más el tiempo y búscame una...

—¡Para el carro! —le interrumpió Deneb— Me temo que has cometido un pequeño error de cálculo.

—Yo no cometo errores, soy la estrella...

—Más brillante del firmamento, sí, eso me ha quedado claro. Pero las estrellas no tienen profetas, eso es cosa de los dioses —intentó razonar con él.

—Las estrellas lucen con fuerza para anunciar catástrofes. Y los profetas transmiten ese conocimiento a los habitantes del planeta —le explicó Sirius—. Tú me has invocado, tú serás mi profeta.

—Ah... Eh... Bueno, si lo expones de esa manera, podría decirse que es así, pero...

—Perfecto. No pierdas más tiempo. Búscame algún terremoto, una erupción volcánica o algo por el estilo para que yo lo anuncie desde el cielo y tú puedas transmitirlo a tus coetáneos.

—¿Qué te busque... qué?

—Si lo ves muy complicado, no me importaría anunciar alguna plaga — propuso Sirius. Deneb negó con la cabeza, alucinada—. ¿Un descarrilamiento, mejor? ¿Tal vez un incendio? —Ante la mirada patidifusa de la estúpida mujer, Sirius decidió ser benevolente y aceptar bajar la categoría de las desgracias— también me conformaría con un choque múltiple o algo por el estilo, un infortunio poco calamitoso, lo justo para ir abriendo

boca y, en cuanto le pillas el truco, ya nos ponemos con desastres más complicados.

—Estás como una cabra —sentenció Deneb dando un paso atrás con la intención de escapar a la primera oportunidad.

—No. Soy la estrella más brillante de Can Mayor —corrigió Sirius desilusionado, los acontecimientos no estaban sucediendo como había planeado. Ella debería caer postrada a sus pies, y en vez de eso, le confundía con un signo astrológico. ¡Él no tenía nada que ver con Capricornio! En el firmamento había categorías y Categorías. Y él pertenecía a las que empezaban con Mayúscula.

—Ah, claro. ¿Cómo no me he dado cuenta de ese hecho transcendental? Pues mira, don Soyunajodidaestrella, búscate las catástrofes tú mismo. Al fin y al cabo eres un astro celeste, ¿no? —replicó Deneb con ironía.

—¿Yo? —inquirió confuso— Tú eres mi mofeta y este es tu planeta. Eres tú quien tiene que buscarlas.

—Ya —le dio la razón Deneb, de nada servía discutir con un loco—. Pero tú eres quien quiere anunciar desgracias, por tanto, tú te buscas la vida —concluyó con lógica irrefutable.

—No sé por dónde empezar —confesó Sirius aturdido. Ni en sus peores pesadillas había soñado con que su probeta fuera tan rebelde.

—Prueba en los periódicos, seguro que en ellos encuentras algo —informó Deneb dándose media vuelta y alejándose con premura del guapísimo hombre que estaba más sonado que las maracas de Machín.

Un ruido a su espalda le hizo dar media vuelta. El tipo había desaparecido dejando tras de sí su ropa. Se sintió tentada a deshacer sus pasos y buscarle, más que nada, porque sería una verdadera lástima no verle en pelotas, pero su lado más racional le avisó de que llegaba tarde a la cena de Nochebuena con sus padres, y eso sí que sería una catástrofe. De proporciones inimaginables. Al menos para ella y sus oídos.

A pocas calles de distancia Sirius se materializó dispuesto a encontrar un periódico con el que informarse adecuadamente. Los gritos e improperios de un par de señoras acompañadas de sus hijos pequeños le hicieron recordar que sus moléculas no podían transportar la ropa que había tomado prestada.

—¡Mierda! —exclamó desmaterializándose de nuevo en el mismo momento en que una de ellas levantaba su bolso para atizarle con él.

Pasaban de las dos de la madrugada cuando Deneb regresó a su casa. Su precioso vestido de fiesta estaba

manchado de champán, sus carísimos zapatos de tacón le habían destrozado los pies y de su peinado de dos horas de peluquería y cincuenta euros de su anémico bolsillo, sólo quedaban las horquillas que guardaba en el bolso. Entró en su pequeño piso sin molestarse en encender la luz, atravesó con paso tambaleante el pasillo —el champán no sólo había caído en su vestido, también en su estómago, ¡y bien rico que estaba! —, se desnudó dejando la ropa tirada en el suelo, se puso el pijama más viejo y cómodo que tenía y en el mismo momento en que cayó sobre la cama, se quedó dormida. Había sido una noche movidita.

Estaba en mitad de un sueño, en el

que un guapísimo hombre de pelo rojo, se convertía en Papá Noel para luego transformarse en estrella y caer a la tierra provocando un terremoto, cuando un escalofrío le hizo despertar. Abrió los ojos con cierto esfuerzo y miró a su alrededor. A través de la ventana abierta entraba una gélida corriente de aire que le estaba poniendo la piel de gallina. Parpadeó confusa. ¿Cuándo había abierto la ventana? No había llegado tan borracha como para cometer esa locura. Se levantó perezosa para cerrarla y en ese momento le vio.

El tal Sirius estaba de pie al lado de la cama.

—¡Qué haces tú aquí! —gritó más enfadada que aterrorizada.

—¡Me has engañado! —exclamó él indignado.

—¡Cómo te atreves! ¡Sal de mi cuarto ahora mismo! —chilló lanzándole lo primero que encontró, que para su más absoluta humillación fue la almohada.

—¡Me dijiste que buscara en los periódicos y te hice caso! ¿Y sabes lo que he encontrado? ¡Catástrofes pasadas de moda! ¡Todas las que publican ya han sucedido! —la increpó Sirius decepcionado—. Confié en ti, me puse en tus manos, y tú me has mentido —suspiró dolido.

—¿Qué? —Deneb se detuvo con la lámpara de la mesilla en la mano, a punto de ser lanzada. La cara del

hombre era la viva imagen de la desolación—. ¡Pues claro que han sucedido! ¿Cómo quieres que las cuenten si no? —preguntó aturdida. Acto seguido recordó que él había invadido su cuarto sin pedir permiso—. ¡Largo de aquí ahora mismo! —Lanzó la lámpara.

Sirius la esquivó por los pelos y continuó su lastimero alegato.

—Necesito noticias que aún no hayan acaecido —dijo casi suplicando — ¿Qué mérito tiene anunciar lo que ya ha pasado? ¡¿Es qué no lo entiendes?! —aulló frustrado, y con el orgullo maltrecho por tener que casi suplicar ayuda a una simple mortal.

—Claro que lo entiendo. Entiendo que estás loco de remate —replicó

Deneb buscando algo más para lanzarle.
Encontró el despertador.

—¡Y tú como probeta no vales un pimiento! —espetó Sirius a la defensiva — ¡Tienes que contarme el futuro no el pasado! ¿No te has parado a pensar en cómo quedaría mi reputación si anunciara desgracias obsoletas? No sabes hacer bien tu trabajo —afirmó altanero.

—¡Pues despídeme!

—¡Si te despido me quedo sin probeta!

—¡Es profeta, idiota! —exclamó Deneb lanzándole el despertador a la cabeza. Esta vez le dio de pleno en el centro de la frente— ¡Fuera de mi casa!

—Te arrepentirás de esto —

sentenció Sirius saltando por la ventana con el rabo entre las piernas. La puñetera mujer tenía mucha fuerza y una puntería muy precisa.

Se desmaterializó en el aire con la intención de buscar un lugar tranquilo en el que lamerse sus heridas. Cumpliría su propósito y lo haría sin esa humana rebelde y soberbia. Él no necesitaba a nadie, era la estrella más brillante del universo, la más fuerte, la más potente, la que tenía el mayor dolor de cabeza de todo el firmamento. ¡Mierda!

—¡Pero qué haces! ¡Te vas a matar!
—gritó asustada Deneb a la vez que corría hasta la ventana.

Quería que abandonara su casa, no que acabará hecho picadillo contra el

suelo tres pisos más abajo. Pero cuando se asomó únicamente vio la ropa que él había llevado puesta. No sólo estaba como una cabra, también tenía afán exhibicionista amen de ser el tipo más rápido del mundo. Y también el más guapo.

Lástima que estuviera loco.

Capítulo 4 - A grandes males, grandes remedios

Deneb estaba en la cocina, sentada frente a la mesa; sobre ésta, un periódico plagado de cruces deformes hechas con rotulador rojo señalaba implacable su fracaso en la búsqueda de trabajo. Suspiró desesperada a la vez que sus dedos tocaban por enésima vez el montón de cartas, más bien facturas, situado al lado de la publicación. Necesitaba un trabajo, y lo necesitaba ya.

—He reflexionado sobre la actitud

que tuve anteanoche.

Deneb saltó de la silla a la vez que un grito agudo y estridente escapaba de su garganta.

—¡Por poco me matas del susto! — le increpó a Sirius, llevándose las manos al pecho para contener los aterrorizados latidos de su corazón— ¿Nadie te ha dicho que no es de buena educación entrar dónde no has sido invitado?

—Las ventanas estaban abiertas y lo he tomado como una invitación.

—¡Pues claro que están abiertas, estoy aireando la casa! —gritó exasperada. Un segundo después la frase completa del hombre explotó en su cabeza— ¿Has entrado por la ventana?

—Sirius afirmó con la cabeza— ¡Por el amor de Dios! ¿Es que nadie te ha enseñado que a las casas se entra por la puerta?

—El portal estaba cerrado y no sabía cuál era el número de tu telefonillo —explicó la estrella.

—Ah, claro y es mucho más sencillo volar hasta mi ventana, en el tercer piso...

—Pues la verdad es que sí —la interrumpió Sirius— sólo tengo que cambiar la temperatura de los átomos de helio que pululan por mi cuerpo y éste flota sin mayor problema.

—¿Qué has hecho qué con tus qué? No. Espera. No me contestes. Déjalo. Nos estamos desviando del tema.

—Exactamente. He pensado que...

—Y el tema es... ¡Qué narices haces en mi casa!

—A eso iba, pero no me dejas hablar. Había pensado que...

—¡No me lo puedo creer! Te plantas en mi casa sin ser invitado, me das un susto de muerte y encima pretendes que te deje hablar. Lo que tengo que hacer es llamar a la policía. Sí. Y eso es lo que voy a hacer ahora mismo. —Caminó hasta el teléfono de pared y lo cogió enfadada.

—Lo siento —susurró Sirius contra la nuca de Deneb. Un escalofrío traicionero recorrió el cuerpo de la mujer—. He pensado mucho en mi actitud de la otra noche, y ahora sé que

fue deleznable. No debí comportarme así. Lo reconozco y te pido disculpas por ello. Te exigí lo que no debía.

—Ah... —farfulló Deneb colocando el auricular en su sitio de nuevo—. Entiendo. —No, no entendía nada—. Disculpas aceptadas. Ya puedes irte —Le indicó con un gesto de la mano la salida del piso.

—Estupendo. Me satisface gratamente que hayamos arreglado el percance inicial. A partir de ahora nos entenderemos sin problemas —afirmó él esquivándola para sentarse frente a la mesa.

Deneb abrió la boca asombrada. ¡Pero qué morro tenía el tipejo!

—¿Estás buscando catástrofes? No

te molestes, no sirve de nada, todo lo que cuentan ha ocurrido ya —comentó la estrella observando el periódico.

—Estoy buscando trabajo —gruñó Deneb arrebatándoselo de las manos— así que, si no te importa, ahí tienes la puerta. Adiós.

—Te contrato.

—¿Perdón?

—Tú buscas un trabajo, yo busco un poeta. Te contrato —le explicó Sirius. No entendía porque la mujer ponía esa cara de idiota. El asunto estaba bien clarito.

—¿Un qué? —preguntó Deneb confusa. Acto seguido se iluminó una bombilla en su cabeza—. Ah, ya. Vamos a ver Sirius, repite conmigo: Pro—Fe—

Ta. ¿Vale? No es mofeta, ni probeta ni poeta. Es pro—fe—ta.

—¿Te estás burlando de mí? —
inquirió el hombre soliviantado.

—No, qué va —ironizó ella
poniendo los ojos en blanco.

—Di tu precio.

—¿Mi precio para qué?

—Para ser mi pro—fe—ta.

—Está bien, tú te lo has buscado.

Cien euros por día, adivine o no
catástrofes —especificó cruzando los
brazos bajo el pecho y chasqueando la
lengua.

—Acepto. Vamos a buscar
desastres, no hay tiempo que perder.

—Por anticipado.

—¿Qué?

—Cobro por mes anticipado —
informó Deneb. Él estaría como una
cabra, pero ella era muy lista. Había
encontrado la manera perfecta de
quitárselo de encima.

—Estás haciendo trampas.

—Son lentejas, si las quieres las
tomas y si no, las dejas.

—No me gustan las lentejas, tienen
demasiado hierro y si pongo más en mi
cabello pareceré un tomate —explicó
Sirius enredándose un mechón de pelo
rojo en el dedo para dar más veracidad
a sus palabras.

—¡Argh! —bufó Deneb—. Quiero
decir que o me pagas antes o no soy tu
profeta.

—Ah. En fin. No me dejas

alternativa —dijo Sirius dirigiéndose a la ventana.

—¡Alto ahí! —Sirius se detuvo con un pie encima del alfeizar—. Por la puerta, por favor. —Le indicó Deneb.

Sirius se detuvo unos segundos, pensativo, y luego caminó hasta la puerta, al llegar a ella volvió a pararse.

—¿Cuál es el número de tu telefonillo? —preguntó con la mano en el picaporte.

—Veintidós —contestó ella sin pensar.

—Volveré en un par de horas.

—¡Oh Dios! ¿Qué he hecho? —siseó Deneb echando la llave en la cerradura—. Su locura debe ser contagiosa, no hay otra explicación

posible.

Deneb estaba esperando a que el microondas terminara de calentar las judías de lata que serían su comida, cuando el meec meec afónico del telefonillo le indicó que sus temores sí iban a hacerse realidad. Él había vuelto. A esas horas, las tres y media de la tarde, no podía ser otro. Pulsó el botón que le permitiría el paso sin molestarse en preguntar «¿Quién es?» y caminó hasta la entrada. Un par de minutos después sonó el timbre. Echó un vistazo por la mirilla y asintió.

Sí. Era él.

Abrió la puerta y le invitó a entrar.

La luz del pasillo iluminó por completo su figura atlética enfundada en...

—¿Por qué vas vestido así? — preguntó observándole de arriba abajo.

Vestía un mono azul por lo menos dos tallas más pequeñas que la que necesitaba. De hecho, estaba segura de que el tiro le tenía que estar haciendo añico los huevos. Y por supuesto, iba descalzo.

—Un maldito ladrón me robó la ropa que escondí en la cabina telefónica cuando me desmaterialicé para ir a mi nebulosa. —Explicó Sirius indignado. Deneb parpadeó atónita. ¿Por qué había preguntado?—. Así que he tenido que tomar prestado lo primero que he encontrado. La verdad es que no me

queda muy bien con este cuerpo, pero tenía prisa por traerte tu dinero y no quería perder el tiempo buscando por las terrazas —confesó Sirius tendiéndole un fajo de billetes de cincuenta euros—. Con esto será suficiente para empezar.

—¿Has robado este dinero?! — Fue lo único que se le ocurrió decir a Deneb.

—¡Claro qué no! El dinero no cuelga de los tendedores. Lo he comprado.

—¿Lo has comprado? ¿Con qué?

—Con un diamante. En tu planeta dais mucho valor a esos pedruscos brillantes y yo los puedo hacer a miles. Mi constelación es rica en carbono, sólo

he tenido que coger un poco y aplicarle la dosis exacta de presión a sus átomos.

—No lo has robado —afirmó Deneb, quedándose con lo importante y obviando por completo el resto de la explicación. Si le hacía caso, acabaría tan loca como él.

Cogió el dinero con manos temblorosas y comenzó a contarlo. Lo dejó al llegar a los tres mil euros.

—No... No lo entiendo —atinó a decir.

—Ni yo. No te imaginas la de joyeros que he tenido que visitar para que me compraran el diamante. No sé qué tiene que ver la ropa que lleve con la calidad del pedrusco que les quiero vender, todos me han echado de sus

tiendas llamándome... —sacudió la cabeza compungido. Nada estaba saliendo como había previsto. Nadie le respetaba en esa estruendosa ciudad—. No quiero recordar sus insultos. He estado tentado de convertir sus moléculas de agua en hielo, pero he conseguido contenerme. Al final he tenido que acudir a un sitio que me ha recomendado un tipo muy extraño, no parecía una joyería, estaba en un barrio...

—¡Stop! No quiero saber nada más —afirmó Deneb aturullada—. ¿Has comido?

—Eh, no. Pero no lo nec...

—Siéntate y come. En silencio, por favor. Necesito recapacitar sobre todo

esto —ordenó ella poniendo el plato sobre la mesa y sentándose en una de las dos sillas de la cocina.

«Esto no me puede estar pasando a mí», pensó Deneb sin dejar de tamborilear con los dedos sobre la mesa. Su cerebro ardía sopesando los pros y los contras.

«El tipo más guapo y chiflado del mundo está sentado en mi cocina; me ha dado más de tres mil euros para que trabaje para él como profeta, y... voy a aceptarlos. Necesito el dinero. No tengo ni idea de dónde lo ha sacado ni me importa. Voy a trabajar para él, y si es necesario me inventaré desastres que no sucederán. Error de cálculo, le diré si me pregunta. Pero, a Dios pongo por

testigo que si leo en los periódicos o veo en el telediario alguna noticia relacionada con el robo de un diamante o de más de tres mil euros en billetes de cincuenta, llamaré a la policía y le pondré en sus manos. Por muy guapo que sea. Por mucho que yo necesite el dinero. Puedo ser una timadora, pero no soy una ladrona», se autoconvenció a sí misma.

—Está bien. Acepto el trabajo.

—¡Perfecto! —exclamó Sirius levantándose de la silla—. ¿Por dónde empezamos?

Deneb se mordió los labios y fijó su mirada en el loco que tenía frente a ella. Si iba a pasear junto a él por la calle buscando —inventando— catástrofes,

necesitaba que pareciese normal.

—¿Tienes más ropa, aparte de... eso?

—No.

—Bien. Nos vamos de compras — aseveró. Tomó un par de billetes y fue a su habitación a por el abrigo y el bolso.

—¿Por qué?

—Porque necesito inspiración. No puedo inven... predecir catástrofes así porque sí. Necesito sentir el aire en la cara y observar lo que hay a mi alrededor. A veces los desastres están a la vuelta de la esquina, sólo hay que saber verlos.

—¿Crees que ocurrirá alguna desgracia en un centro comercial? — preguntó asustado Sirius. No quería que

le sucediera nada a las personas que estuvieran en las tiendas con ellos.

—Por supuesto qué no. ¿Por qué dices eso?

—Si no hay previsión de desastres, ¿Por qué vamos de compras? —inquirió recuperando sus modales altaneros.

—Porque no puedo inspirarme contigo a mi lado vestido así. Me sentiría ridícula y no sería capaz de concentrarme.

—Ah.

Tres horas después, Deneb devoraba un sabroso bocadillo sentada a la barra de Ferpal.

Con la conmoción sufrida al ver

tantos billetes de cincuenta euros juntos, se le había olvidado comer, y estaba muerta de hambre. Se relamió los labios recogiendo hasta la última miguita de pan y observó al hombre que la acompañaba.

Sirius era el centro de todas las miradas femeninas de la cafetería, y de varias de las masculinas. Estaba junto a ella, ataviado con un pullover azul marino que se amoldaba a cada uno de los rincones de su imponente anatomía. Complementaban el espectáculo unos vaqueros que se ajustaban a sus atléticas piernas y marcaban, quizá excesivamente, el imponente paquete que gastaba. Porque si algo no le cabía ninguna duda a Deneb era que los

genitales de su amigo eran impresionantes.

Sirius no había tenido ningún problema en probarse toda la ropa que ella le había seleccionado así como tampoco en salir desnudo del probador y reclamar indignado, y un poco dolorido, pantalones con el tiro más amplio. En su favor, Deneb debía reconocer que su compañero había alegrado el día a todas las dependientas de la sección de moda masculina de El Corte Inglés.

—¿Has terminado ya? —preguntó con impaciencia la estrella.

—Sí. Pongámonos manos a la obra —Deneb se levantó del taburete.

Una enorme sonrisa predadora iluminó el semblante del hombre quien,

sin perder más tiempo, abandonó la cafetería ante la desolación de todas las féminas que habían estado comiéndoselo con la mirada. ¡Por fin iba a tener su catástrofe!

Dos días después la sonrisa predadora de la estrella se había convertido en una mueca triste y desolada.

La pareja llevaba cuarenta y ocho horas de infructuosa búsqueda a lo largo y ancho de Madrid, y Deneb ya no sabía a qué invención recurrir ni que excusa utilizar. Había *presagiado* la caída fulminante de la bolsa; el Ibex 35 llevaba meses dando pérdidas, no podía

imaginar que justo al segundo de predecirlo, la bolsa subiría tres puntos y la hipotética catástrofe se convertiría en buena ventura ante la mirada indignada de Sirius. Poco después había pronosticado un aumento en la cifra de parados del país, y poco después, en el telediario, el presentador había anunciado que éste había descendido. Incluso había vaticinado atascos importantes en pleno centro de la capital, eso debería haber sido infalible, al fin y al cabo estaban en Navidad. Pues no. La circulación era fluida y sin percances destacables. También había intentado augurar un vertido de combustible en alta mar, pero todo estaba en orden, gracias a Dios.

Sirius había pasado de la esperanza al abatimiento recorriendo entre medias los estados de indignación, incredulidad y desilusión.

Y ahí estaba ella, el día de los inocentes, a dos grados sobre cero, parada en mitad de la Puerta del Sol, buscando en su cabeza cualquier cosa que se pudiera considerar catástrofe y que fuera probable que sucediera en ese momento.

Y no se le ocurría nada.

Era horriblemente frustrante.

No porque pensara ni por un sólo segundo que Sirius fuera la estrella agorera que decía ser. Ni porque tuviera ninguna duda de su incapacidad para brillar fulgurante en el cielo prediciendo

desgracias. Estaba frustrada porque se había comprometido a un trabajo, y su honor le impelía a realizarlo, aunque no sirviera para nada.

No soportaba ser la causa del abatimiento de la persona especial y algo tarada a la que había empezado a conocer... y apreciar.

Observó al hombre que paseaba ensimismado a su lado. Sirius no era como ella había supuesto. La personalidad arrolladora, engreída, prepotente y casi infantil que en un principio había mostrado, había dado una vuelta de tuerca inesperada. La estrella había resultado ser atenta, amable, impaciente y muy, muy curiosa. No era extraño pillarle observando

atentamente a su alrededor como si estuviera viendo maravillas, y cuando había niños cerca, una entrañable sonrisa se dibujaba en su cara. Parecía sentir predilección por ellos. Le gustaba escuchar con atención sus risas musicales, sus vocecitas agudas y sus pataletas impredecibles. En ese mismo instante estaba apoyado indolente en el pedestal de la estatua del Oso y el Madroño. Observaba con el ceño fruncido a un hombre disfrazado de Papá Noel, que se hacía fotos con los más pequeños a cambio de unos pocos céntimos.

—¿No te cae bien Papá Noel? — preguntó Deneb divertida al ver su gesto agrio.

—No me cae mal, pero no entiendo como los niños pueden creer en él y quererle tanto —aseveró con un deje de envidia en la voz—. Es insostenible creer que ni a él ni a esos tres Reyes que se dicen magos, les dé tiempo a visitar todas las casas de este planeta en una sola noche. Por mucha prisa que se den. Es imposible —dijo despectivo.

—¿Tan imposible como que una estrella muy lejana baje del cielo y contrate a una humana para predecir catástrofes? —murmuró risueña.

Sirius se giró despacio hasta quedar frente a ella y arqueó una de sus perfectas cejas pelirrojas.

—¿Me estás poniendo en duda? —
Se cruzó de brazos.

—Oh, no. Claro que no. Las estrellas son reales, y Santa Claus, Melchor, Gaspar y Baltasar no.

—Yo no he dicho que no sean reales, sólo digo que no pueden hacer todo ese trabajo en una noche — refunfuñó él—. Y hablando de trabajos, ¿cómo vas con el tuyo?

—Estoy en ello —bufó Deneb. Se mordió los labios y se aventuró a proponer un disparate más—. Hay un par de guerras en marcha, ¿Qué te parece si vaticinas una gran batalla? — propuso a la desesperada. No le gustaba si quiera pensar en eso.

—¡Nunca! —gritó Sirius herido—. Jamás he brillado para anunciar una guerra, y no lo pienso hacer ahora. Y si

sabes de alguna que se vaya a producir, te emplazo a que la impidas —ordenó apoyando sus manos de larguísimos dedos sobre los hombros de la mujer—. No se puede jugar con las guerras. ¡En ellas muere gente! ¡Los niños sufren! Nunca, jamás, menciones esa horrible palabra ante mí —espetó apretando los dedos sobre su piel.

—¡A mí tampoco me gustan! —exclamó Deneb dando un tirón para zafarse de su agarre—. Pero por si no te has dado cuenta, en todas las catástrofes mueren personas.

—¡En las mías no! —tronó Sirius—. Mi cometido es brillar antes de que se produzcan y así avisar a la gente para que escapen del desastre. Si va a haber

un terremoto, luzco con fuerza en el cielo, tú avisas de mi vaticinio y todos huyen. Ellos se salvan y yo soy un héroe al que todos recuerdan por sus profecías —afirmó.

—¡No digas tonterías! ¿De verdad crees que por mucho que yo diga a voz en grito que va a acaecer un terremoto alguien me va a hacer caso? No serviría de nada, y la gente sufriría igual —explicó Deneb sorprendida por los pensamientos casi infantiles del hombre.

—¿Por qué no te iban a hacer caso? —preguntó sorprendido.

—Porque nadie me creería.

—¿Por qué no?

—Porque... —Deneb se mordió los labios mientras pensaba una respuesta

—. Porque no salgo por la tele. Si las noticias no son dichas en la pequeña pantalla, nadie las cree.

—Pues dilas en la tele.

—¡No puedo!

—¿Por qué?

—¡Porque no soy famosa! Y no se te ocurra hacerme una sola pregunta más que empiece por las palabras «por» y «qué» —Le advirtió Deneb apuntándole con el índice en la nariz.

Sirius abrió la boca, se lo pensó un segundo y volvió a cerrarla. Apretó la mandíbula, frunció el ceño y metió las manos en los bolsillos. Miró fijamente el pedestal de la estatua y sin previo aviso le propinó una patada. Al fin y al cabo alguien tenía que pagar su

frustración.

—¡Augh! —exclamó dando saltitos sobre el pie ileso a la vez que sujetaba el dañado con ambas manos.

—¡Serás tonto! Anda, siéntate hasta que se te pase el dolor o vas a acabar estampándote contra una pared y rompiéndote la nariz.

Sirius le lanzó una mirada homicida a la mujer y acto seguido se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el pedestal de la estúpida estatua.

Deneb suspiró, miró al cielo pidiendo paciencia, y se sentó al lado del pelirrojo.

—Esto no está saliendo como había esperado —confesó—. Pensé que sería fácil hacer predicciones inocuas que no

llegaran a ningún lado. Pero todo lo que se me ocurre se cumple en sentido contrario, de lo cual me alegro, sinceramente. Y por otro lado, tengo la intuición de que ni tú ni yo queremos presagiar desgracias de las chungas. A eso hay que sumarle que me empiezas a caer bien, y que me siento fatal por timarte de esta manera —afirmó mirándole muy seria—. Doy por zanjado nuestro acuerdo y presento formalmente mi dimisión. En cuanto se te pase el dolor, iremos a mi casa y te devolveré tu dinero para que puedas buscar una misión más adecuada en la que gastarlo.

—¿Te empiezo a caer bien? —preguntó Sirius extrañado. De toda la parrafada que Deneb había soltado, esa

frase le había inquietado gratamente.

—Mal no me caes —respondió ella circunspecta. La sonrisa de él cayó en picado. Deneb rió divertida—. No seas tonto. Me caes genial. En el fondo, pero muy, muy en el fondo, eres un buen tipo. Por eso no quiero seguir con esto.

—No acepto tu dimisión —sentenció Sirius con una sonrisa radiante—. Estoy seguro de que antes o después se te ocurrirá alguna genialidad —afirmó.

—Oh, Sirius. No has comprendido nada. No. Puedo. Hacer. Predicciones. No soy profeta. Por muchas vueltas que demos, jamás haré un vaticinio acertado. Soy una estafa con piernas. Te he mentado vilmente —afirmó al ver que él

negaba con la cabeza.

—Cuatro horas después de contratarte ya imaginaba que eras incapaz de predecir nada.

—¿En serio?

—Sí, en el momento en que dijiste lo de la bolsa, y ésta subió tres puntos. Ningún profeta profesional se atrevería a jugar de esa manera con algo tan inestable como *El Parqué*.

—Entonces, ¿por qué has continuado conmigo? ¿Por qué no me has despedido?

—Porque tú también me caes bien —respondió gozoso.

—A veces eres adorable —afirmó ella sonriéndolo—. Entonces ya está todo solucionado. Nos dejamos de

chorradas agoreras y nos dedicamos a disfrutar de la Navidad como dos buenos amigos. ¿Estás conforme?

—Mmm... Vale. Pero mantendremos los ojos bien abiertos. Sólo por si acaso. Imagina que se produjera una catástrofe... Si estamos atentos a los signos quizá podremos vaticinarla —expuso Sirius incapaz de dejar de lado su sueño de cambiar su reputación.

—Como quieras —consintió Deneb riendo. Acto seguido, entornó los ojos y sin pensar demasiado en lo que iba a hacer, le dio un ligero beso en la mejilla.

Sirius asintió con la mirada perdida en el rostro de la muchacha. Sus largos

dedos recorrieron lánguidamente sus propias mejillas, embelesados al recordar la sensación que le habían producido los labios de Deneb sobre la piel.

Era la primera vez que alguien le tocaba, al menos de manera intencionada. Jamás había imaginado que el roce de piel con piel fuera tan... agradable. Ni que transmitiera tanto. Calidez, ternura, humedad, afecto. Observó a la mujer que le miraba sonriente y decidió corresponder a su regalo. Se inclinó lentamente hasta que sus labios tocaron la frente tersa y suave de su amiga. Cerró los ojos y se deleitó con su exquisitez. Pocos segundos después las manos de ella recorrieron su

espalda abrazándole amigablemente a la vez que una musical sonrisa escapaba de su boca.

—Me retracto de mis palabras — musitó Deneb en su oído—. No solo eres adorable, sino que además eres tan tierno y dulce como un donuts bañado en azúcar.

Sirius rió divertido ante la ocurrencia de su amiga. Esa misma mañana había probado por primera vez los donuts, y ella se había quedado anonadada al ver como se había comido sin parpadear la media docena que contenía la caja. En verdad estaban deliciosos.

—Ven conmigo —le instó Deneb poniéndose en pie y tendiéndole la mano

—. Voy a enseñarte algo mágico de verdad.

Sirius asintió y dejó que ella le envolviera la mano con sus dedos.

—No te sueltes, allá donde vamos habrá mucha gente y no quiero que te pierdas —le advirtió.

—Nunca —susurró él con la mirada fija en sus manos unidas.

La siguió dócilmente sin acertar a comprender por qué se sentía como si estuviera flotando en una nube.

Reflexionó sobre su vida, y se dio cuenta de que en sus millones de años de existencia, jamás había tocado o sido tocado por otro ente o ser. Existía tranquilo en la soledad de su cúmulo de gases y plasma. Hablaba a menudo con

sus compañeras de Universo, y se reía o enfadaba con sus bromas. Pero nunca tocaba a nadie. Los millones de kilómetros que separaban unos astros de otros, incluso dentro de una misma constelación, su composición casi exclusiva a base de gases, plasma y metales líquidos, y su tendencia a explotar en reacciones nucleares cuando dos estrellas se acercaban demasiado se lo impedían. Y eso sin contar con la fuerza de la gravedad, que mantenía a cada estrella en su sitio.

Su rutina consistía en comprobar que el equilibrio hidrostático se mantuviese y que la temperatura y la presión constante generasen la cantidad adecuada de energía para seguir

luciendo.

También se dedicaba a observar.

Observaba continuamente lo que sucedía a millones de millones de kilómetros de distancia. Más exactamente a casi nueve años luz de su reino. Observaba a los habitantes de un planeta de hermosa tonalidad azul al que llamaban Tierra. Había otros planetas habitados en su radio de visión, sí, por supuesto. Pero ninguno era tan complejo como éste. Ninguno contenía tantas vidas y tan impredecibles.

Mataba el tiempo estudiándolos desde los confines de su reino; espiándolos cuando en las noches de verano dejaban las persianas subidas y las cortinas descorridas para evitar el

calor. Durante el día le divertía verlos recorrer angustiados las calles de las ciudades, como si tuvieran prisa por vivir, como si supieran que por mucho que corrieran la muerte les alcanzaría demasiado pronto. Les contemplaba ensimismado pasear por los parques, cogidos de las manos, como estaba haciendo él en ese mismo momento. Pero si algo le llamaba la atención de ese hermoso y complicado planeta, eran las pequeñas réplicas de sus habitantes. Los niños eran entidades ajenas a todos los problemas de sus creadores. Corrían divertidos tras un balón. Recogían flores para formar hermosos collares y diademas. Manejaban diminutos juguetes, hechos a imagen y semejanza

de los objetos que, años más tarde, utilizarían para hacer menos complicada su vida. Convertían el planeta en un lugar radiante colmado de risas, alboroto, pataletas, caricias y besos. Estaba seguro de que los humanos creaban a los niños con el único propósito de alcanzar la felicidad.

La fascinación que sentía por esos pequeños seres le había llevado, hacía más de dos mil años, a brillar con fuerza para contener el llanto de uno de ellos; un bebé del que emanaba un poder tal, que jamás lo había vuelto a sentir en ningún otro ser. Y mira la que había liado, pensó frunciendo el ceño y volviendo a poner los pies en la tierra.

Era la primera vez que se atrevía a

dejar su estrella sin vigilancia, y sólo durante un breve periodo. No quería perder el tiempo recordando lo que había visto a lo largo de los siglos. ¡Quería vivirlo!

Miró a su alrededor y se percató de que su amiga le había guiado a través de las calles bulliciosas hasta una pequeña plaza en la que destacaba la fachada decorada de un edificio.

—¡Tachan! —exclamó ella soltándole la mano, abriendo los brazos y girando sobre sí misma.

Sirius observó la colorida fachada de la construcción. Varios robots imitaban animales salvajes entre árboles de cartón piedra. En uno de los laterales habían colocado un templo maya que

tenía una enorme cara grabada en una de sus paredes, y sobre todo esto, un cartel anunciaba que estaban en *Cortylandia*.

—¿Y bien? ¿Qué te parece el decorado de estas navidades? — comentó ella entusiasmada.

—¿El decorado de estas navidades? ¿No es el mismo todo el año? — Sirius miró a su alrededor sorprendido.

Lo cierto es que la plaza era muy pequeña y permanecía oculta desde el cielo por culpa de los edificios que la rodeaban, quizá por eso nunca se había molestado en observarla con atención.

—¡¿Nunca has visto Cortylandia?! — exclamó Deneb. Sirius negó con la cabeza—. ¡No me lo puedo creer! No es posible que vivas en Madrid y no hayas

estado nunca.

—No vivo en Madrid.

—Me lo estaba imaginando —
masculó ella—. Cortylandia es... La
esencia del consumismo, el reino de las
compras, los grandes almacenes de
todos los juguetes —describió— y
también el sueño de los niños; la alegría
de los adultos al ver la sonrisa
esperanzada de los más pequeños, la
inocencia de su imaginación, sus caritas
asombradas, sus fantasías hechas
realidad. Templos que cantan, animales
que hablan, luces brillantes e ilusión.
Todo eso por el módico precio de unos
cuantos empujones y el enorme gasto
posterior en juguetes, que podrán pagar
en tres meses y gracias a la tarjeta de

crédito. Pero aún así, merece la pena sólo por ver la emoción en sus miradas.

Sirius se recreó en los ojos brillantes de su amiga, e intuyó a la niña que antaño fuera. Una niña emocionada que daba la mano a su padre mientras los robóticos animales se ponían en movimiento y comenzaban a destilar ilusión. Tomó con su mano la de Deneb y se dispuso a experimentar junto a ella todo lo que le había narrado.

Deneb sonrió, se pegó a él y apoyó la cabeza en su hombro.

—Espera y verás. La magia está a punto de empezar —susurró en su oído.

En pocos minutos la pequeña plaza comenzó a llenarse de gente. Niños excitados tirando de las manos de sus

padres, abuelos conduciendo carritos con diminutos bebés con los pulgares en la boca, adolescentes intentando parecer indiferentes sin conseguirlo y adultos solitarios, con los ojos brillantes, que rememoraban su infancia.

En las entradas a la plaza se colocaron de manera estratégica vendedores de globos de distintas formas y tamaños. En las escaleras podían verse a personajes de dibujos animados haciéndose fotos con los inocentes infantes que creían que eran reales y, de repente, un rayo de luz iluminó el mosaico de fantasías cumplidas que era la fachada del edificio.

—¡Ejem! —carraspeó con voz

poderosa la cara grabada en el templo maya—. Queridos niños y queridas niñas. Mamás y papás. Abuelitos y abuelitas. Primos y primas. ¿Queréis que cantemos la canción de Cortylandia?

Sirius escuchó, sorprendido, el silencio ilusionado que cayó sobre la gente en el mismo momento en que la enorme faz, comenzó a mover sus pétreos labios, y una pegadiza canción inundó la plaza.

—Cortylandia, Cortylandia, vamos todos a cantar, alegría en estas fechas porque ya es Navidad...

Miró aturdido a Deneb, esta le observaba con una enigmática sonrisa en los labios. La joven se puso de puntillas y le obsequió con un cariñoso beso en la

barbilla a la vez que apretó su mano entre sus femeninos dedos. Y rodeándolos, todas las personas que había en la plaza comenzaron a moverse lentamente. Al principio sacudían un poco los pies, luego las caderas, por último los hombros. Todos siguiendo el ritmo de la canción que sonaba año tras año desde su más tierna infancia.

Al término del espectáculo, la marea de humanidad fue disminuyendo con lentitud, mientras la pareja de amigos permanecía abrazada en el centro del lugar.

Al poco de comenzar la primera canción Sirius había sentido la irreprimible necesidad de pasar su brazo por los hombros de su amiga y

apretarla contra él. Lo hizo y ella aceptó el cariñoso contacto con agrado.

Durante la representación, la estrella se había emocionado hasta el punto de que pequeñas moléculas, formadas por dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno, habían emanado de sus ojos. Se las había limpiado una y otra vez con el dorso de la mano, extrañado ante aquel fluido involuntario que había creído que sólo podían producir los humanos. Lo cierto era que apenas había prestado atención a la representación, todos sus sentidos se habían centrado en la muchedumbre que le rodeaba. En los gestos apasionados de los niños, en sus chillidos entusiastas al ser alzados sobre los hombros de sus padres, en sus

manitas diminutas sujetando con fuerza los globos de helio a la vez que daban palmas, y en sus caritas risueñas y soñadoras.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Deneb separándose de él. Haciéndole sentir extrañamente solo, abandonado.

—Hermoso —contestó él abrazándola de nuevo.

Inclinó su rostro hacia el de ella con la intención de repetir el contacto íntimo y afectuoso que mandaba gozosos escalofríos y extrañas incertidumbres a cada nervio de su cuerpo, cuando algo llamó su atención. Un niño lloraba desesperado.

—Oh, pobre se le ha escapado el

globo —comentó Deneb dirigiendo la mirada hacia la triste escena.

En el centro de la plaza, un pequeño daba rienda suelta a su llanto, mientras su padre, frustrado y algo enfadado, intentaba explicarle que no podían permitirse el lujo de gastar otros cinco euros en otro globo.

Sirius miró irritado al desaprensivo objeto que surcaba indiferente el cielo de Madrid en dirección a una muerte segura en la atmósfera. Entornó los ojos, concentrado. Tragó saliva y se lamió los labios, como si estuviera realizando un ejercicio tremendamente complicado.

Deneb le observó extrañada. Parecía en tensión, pero era imposible. Nadie podía tomarse tan a la tremenda

el llanto de un niño por haber perdido un globo.

Sirius comenzó a caminar en dirección al centro de la plaza.

Deneb lo siguió intrigada. ¿No estaría pensando en regañar al pobre padre, verdad? Pagar diez euros por un par de globitos era un lujo y un despropósito.

La estrella no se detuvo hasta que llegó a las escaleras y una vez allí, alzó la mano señalando algo en el cielo.

Deneb siguió la dirección marcada por el índice de su amigo, entornó los parpados intentando ver más lejos de lo que realmente podía, y entonces, algo apareció en su campo de visión. Una forma ovalada de un brillante color azul

que, cada vez se hacía más grande. Abrió los ojos de par en par al comprender que lo que veía no era otra cosa que un globo con forma de unicornio jorobado. Uno que además descendía veloz hacia el lugar en que Sirius aguardaba con su mano alzada.

— ¡Papá gobo *ta* voviendo! — exclamó el niño dando saltos y señalando hacia su izquierda.

Los padres del pequeño volvieron su vista hacia donde éste les indicaba y se quedaron estupefactos al comprobar que su angelito no mentía.

Cerca de ellos, un altísimo hombre de fulgurante cabello rojo y luminosa piel blanca, se balanceaba inestable sobre las barandillas metálicas que

cercaban las escaleras. El caballito de fantasía que minutos antes había perdido su hijo, descendía en línea recta hasta su mano. Un segundo después, sus pálidos dedos se cerraban alrededor del fino cordel, dejando atónitos a los viandantes que aún quedaban en la plaza.

Sirius apresó la cuerda, se secó el sudor de la frente con la mano libre — no sin antes asombrarse por haber vuelto a derramar hidrógeno y oxígeno involuntariamente, aunque esta vez por otra parte de su cuerpo— y se acercó con pasos decididos al niño que intentaba escaparse del agarre de su padre.

—Toma. —Sirius se agachó hasta quedar a su altura y le tendió el juguete

—. Sujétalo fuerte y no vuelvas a permitir que este bribón se escape — dijo revolviendo el pelo del chiquillo y dejándoselo de punta.

—¡*Graciaz zeñor!* —exclamó el crío escapando de la mano de su padre, abrazándose a su inesperado salvador y dándole un sonoro y húmedo beso en la mejilla.

Sirius carraspeó, aturdido ante el despliegue de emociones que sufrió por el inesperado arretrato del niño.

—De nada —consiguió articular.

—Eh... Muchas gracias —comenzó a decir el padre, pero Sirius lo detuvo con un gesto de la mano. Estaba demasiado confuso para iniciar ninguna conversación con un desconocido.

Se incorporó, dio media vuelta dejando al pobre hombre con la palabra en la boca y se dirigió hacia su alucinada amiga. La tomó del codo y la instó a acompañarle. No cesó en ningún momento de acariciarse el punto en que los labios de la adorable criatura habían mojado su piel.

—¿Cómo has hecho eso? —le interrogó Deneb cuando se le pasó el aturdimiento.

—Parte de mi ser está formado por helio —explicó la estrella, todavía tocándose la mejilla—. He utilizado el helio que rodea mi cuerpo, lo he calentado para que se expanda y lo he dirigido hacia el globo. Una vez envuelto, he bajado su temperatura y ha

descendido. Más o menos así ha sido — asintió con la cabeza para dar más énfasis a su explicación.

—No me cuentes milongas —siseó Deneb— Tiene que haber otra explicación, más razonable y creíble, que explique el motivo por el que el puñetero globito ha caído en tus manos.

—El pequeño estaba llorando. Al globo no le quedaba otra opción que descender —afirmó Sirius con seguridad, como si otra alternativa fuera inviable.

—Ah. Hum. Eh... Vale, eso que dices es... Aceptable —consintió Deneb negando con la cabeza—. Yo... Te creo. Sí. Te creo. Dejémoslo correr, vale. Tengo... Tengo hambre. Te invito a

cenar —ofreció decidida a borrar de su cerebro los sorprendentes hechos acontecidos. Había cosas que no podían suceder. Y punto.

Capítulo 5 - La curiosidad mató al gato

Entre la noche y el día. Entre la locura y la sensatez. Entre permanecer allí, sin hacer nada, o ir a su encuentro. Anhelante, confuso, aturdido.

Sentado en un banco de la calle, frente al edificio en que vivía Deneb, Sirius observaba inquieto su ventana, incapaz de decidir qué hacer. Era noche cerrada, tan cerrada que en un par de horas amanecería. Las persianas de la habitación de su compañera permanecían subidas, las cortinas a

medio cerrar le instaban a ascender hasta el alfeizar y deleitarse con su figura dormida. Pero eso no estaría bien. Ella le había confiado el número de su telefonillo, permitiéndole entrar en su hogar cada vez que él lo había solicitado. No podía colarse en su casa como un ladrón y observarla oculto entre las sombras.

—¿Por qué no? —gruñó su frustración al cielo infinito.

Varias estrellas centellearon en respuesta.

—Sí, ¿Por qué no? —le trasladó el aire sus susurros.

—Porque es mi amiga —se contestó a sí mismo y a ellas a la vez.

Irritado consigo mismo caminó

hasta el portal y observó los telefonillos. Si llamaba a esas horas, la mataría del susto. Una sonrisa ladina comenzó a dibujarse en su cara. Un buen amigo siempre estaría dispuesto a recibir a otro. Fuera la hora que fuera. Pero, un buen amigo no asustaría a otro de forma gratuita, por tanto, Sirius se comportaría como un buen amigo y ascendería hasta la ventana para permitir a Deneb comportarse como una buena amiga y recibirlo aunque estuviera dormida.

Seguro de sus buenas intenciones, aumentó la temperatura de la capa de helio que le rodeaba y flotó hasta el tercer piso. Abrió con facilidad la hoja de aluminio y cristal que le separaba de

su compañera, penetró en el cuarto y cerró con rapidez la ventana para no delatarse. Caminó sigiloso hasta quedar situado frente a la cama y la observó.

Deneb yacía lánguida sobre el colchón. Su silueta apenas se perfilaba bajo el edredón nórdico que la proporcionaba calor. Tumbada bocarriba, los rasgos de su cara estaban suavizados por el plácido sueño. Se arrodilló con cuidado al lado del lecho y retiró lentamente la odiosa prenda que la ocultaba a su mirada. Cuando la tuvo tal y como deseaba, inclinó la cabeza, curioso, y la observó.

Bajo la pálida claridad de la luna, el cabello dorado de la mujer parecía tejido con las estelas que dejaban las

colas de los cometas. Su naricilla respingona y sus pómulos bien definidos, parecían moldeados en mercurio de tan suaves y lisos como eran. Sus labios golosos igualaban en belleza y color a la enana roja más resplandeciente del firmamento. Desvió la mirada lentamente, centrando su atención en el cuerpo apenas oculto por el camisón de tirantes. Bajo el fino raso, sus pechos se elevaban tan altivos como el Monte Olimpo en Marte. Con cada respiración de la muchacha, la depresión de su vientre ondulaba, asemejando en belleza a olas de hidrógeno líquido de Saturno.

El suspiro que escapó de los labios de la estrella, le sorprendió incluso a él.

¿Se había quedado tan embelesado mirándola que se había olvidado de respirar correctamente?

No se lo podía creer.

Hacía miles de siglos que observaba a los habitantes de aquel planeta y jamás se había sentido deslumbrado por la apariencia física de ninguno de ellos, hasta ahora. El universo era un lugar colmado de escenas tan maravillosas que harían llorar a los humanos. Deneb jamás sería tan hermosa como un quásar, pero a él le hacía suspirar. Su cuerpo jamás sería tan bello como la Nebulosa de Orión, pero él moriría por ella.

Posó su mano sobre su propio pecho y buscó su corazón. Los rítmicos latidos

que en principio deberían mover de forma mecánica el preciado órgano se habían acelerado. Últimamente le pasaba a menudo. Cuando la oía reír. Cuando la miraba y ella le sonreía. Cuando le tomaba de la mano. Cuando le había besado la mejilla. ¿Qué había cambiado en él? Había pensado que el cuerpo humano era una máquina precisa, pero el suyo cometía fallos inesperados, casi siempre en respuesta a los actos de la mujer que dormía frente a él.

Incapaz de responder a sus propias preguntas, continuó observándola. Se deleitó con cada monte y depresión de su figura. Aprendió cada camino perfilado bajo el diminuto camisón. Respiró con cada una de sus

inhalaciones. Y entonces, comprendió.

Algo había cambiado en su interior.

Seguía siendo un cúmulo de elementos químicos dotado de un poco de magia. Pero ahora había algo más. Una chispa de vida. Una pizca de sentimientos. Un mundo de emociones ignotas en el que ansiaba perderse. Deneb había rellenado con su pasión y ternura los espacios vacíos que había entre sus moléculas. Y no él sabía qué hacer con todas esas sensaciones nuevas. Nunca había deseado acariciar a nadie, pero ahora agonizaba por tocar a la mujer que dormía ajena a sus deseos.

Negó con la cabeza angustiado. Esto no podía estar pasándole a él.

Era una estrella.

Solitaria.

Independiente.

Insensible.

¿O tal vez no?

Quizá había una tara en su carácter.

Quizá por eso envidiaba en secreto al gordo barbudo vestido de rojo y a los tres Reyes disfrazados con cortinas. Quizá no era tan insensible como pensaba y por eso había brillado con fuerza para consolar al pequeño Dios llorón. Tal vez por eso había hecho descender el estúpido caballito inflado con helio. Quizá su altanera independencia no era sino la manera que tenía de protegerse ante los sentimientos que ahora le avasallaban sin compasión. O, tal vez, la explicación más sencilla

fuera que, el beso sincero e inocente de una mujer especial había abierto una brecha en la coraza de su soledad.

La miró intensamente y pensó, no por primera vez en los dos días que habían pasado desde aquel beso, qué sentiría si la besara en los labios. Si acariciara su piel. Si hiciera lo que veía a los humanos hacer entre las sábanas en las noches de verano. ¿Cómo sería sentir su cuerpo voluptuoso pegado al suyo? Las torneadas piernas enredadas con las suyas. Sus delicadas manos abrazándole con pasión.

Sin ser consciente de lo que hacía posó una de sus manos sobre el vientre de Deneb. Asió el camisón y lo fue deslizando poco a poco hasta

sobrepasar el monte de sus pechos. Estos se mostraron ante él orgullosos, firmes. Las cumbres rosadas que los coronaban llamaron su atención. Con cuidado de no despertarla, pasó el dedo índice sobre una de las cimas.

Deneb se removió perezosa, pero no llegó a despertarse.

Sirius soltó despacio el aire que había estado conteniendo en sus pulmones. Se mordió los labios en un gesto de intensa concentración y probó de nuevo.

Deneb giró la cabeza sobre la almohada y continuó durmiendo.

Envalentonado por la reacción de la muchacha, decidió arriesgarse un poco más.

Y se olvidó de todo.

Acarició con delicadeza uno de los pezones, y éste, en respuesta se alzó y endureció. Entornó los ojos y repitió la operación en el otro. La respuesta fue idéntica. Sonrió asombrado y continuó mimándolos. Dibujó con los dedos los contornos de los pechos. Perfiló los salientes de cada costilla. Circunvaló juguetón el ombligo y se recreó en la suavidad etérea del vientre. Las terminaciones nerviosas de las yemas de sus dedos parecían no cansarse de tocar el exquisito cuerpo de la mujer. Se convirtió en adicto a su tacto, a los gemidos que escapaban de sus labios, a los leves movimientos de su cabeza sobre la almohada, a su respiración

agitada.

Se vio obligado a detener su adorador escrutinio al sentir un molesto dolor en los genitales. Observó sus pantalones; estaban tirantes en la zona de la ingle. ¿Qué le estaba pasando? Se desabrochó con dedos inestables los botones de los vaqueros y jadeó asombrado.

¡Se le había inflado el pene!

De hecho, su tamaño actual triplicaba el original. ¿Por qué? Escrutó atento su cuerpo. Su respiración estaba acelerada, al igual que los latidos de su corazón. Sus manos temblaban. Su frente estaba perlada de sudor.

Todo él estaba alterado. Su piel, sus órganos, sus sentidos. Su cuerpo

reaccionaba como si en realidad fuera humano y no una estrella con un físico fabricado a imagen y semejanza de una estatua.

Dirigió la vista hacia la mujer que era el origen de los cambios. Deneb seguía dormida, pero su respiración y su cuerpo aún evidenciaban los signos de la excitación.

—¿Qué me has hecho? —susurró Sirius—. Soy una estrella. Inmortal. Inaccesible. Insensible. Y muero por sentirte de nuevo bajo mis dedos, por oír tu risa y escuchar tu voz. ¿Es este el amor sobre el que hablaba Shakespeare? ¿Es este el sentimiento que hacía sufrir a Penélope cuando Ulises no estaba junto a ella? ¿Es esta la pasión que llevó a

Helena hasta Troya? Todos ellos eran mortales, igual que tú. Yo viviré eternamente, ¿Cómo puedo sentirme así? ¿Cómo puedo evitar sufrir, sabiendo como sé, el escaso tiempo que durará tu vida?

Sirius se levantó del suelo y recorrió a grandes y sigilosas zanjadas el perímetro de la habitación. Debería marcharse. Regresar a la seguridad insensible e inmutable de su trocito de universo. Olvidarse de todo. De ella.

No podía continuar en ese planeta. Pero, su misión no estaba cumplida, pensó de repente. Aún no había conseguido cambiar su reputación y convertirse de nuevo en la estrella feroz que había sido antaño. No podía

marcharse sin haber cumplido el cometido que lo había llevado hasta allí, decidió. No se quedaba para estar junto a ella, si no para cumplir su propósito. Eso era. Sin lugar a dudas.

«Ah, tonto. No te lo crees ni tú» susurró esa parte de su cerebro que los humanos llamaban conciencia.

Se acercó de nuevo a la cama con la intención de cubrir el cuerpo desnudo de la mujer. Por nada del mundo quería que cogiera frío.

Deneb había cambiado de postura, seguía tumbada de espaldas en el lecho, pero ahora una de sus manos trazaba círculos sobre su vientre en dirección a su pubis. El otro brazo estaba extendido sobre la cama mientras apresaba en un

puño las sábanas. Sus piernas estaban ligeramente abiertas, las rodillas dobladas y los talones hundidos en el colchón. Respiraba acelerada, como si no pudiera tomar aire suficiente.

¿Qué le pasaba a su amiga? Se inclinó sobre ella, asustado por su extraña actitud, y le acarició con ternura el estómago. Ella contuvo la respiración a la vez que arqueó la espalda.

Sirius quitó la mano, impresionado ante la reacción, pero el gemido lastimero de Deneb le hizo repetir la caricia. La muchacha clavó la cabeza en la almohada, jadeó con fuerza y abrió más las piernas. Un aroma celestial inundó las fosas nasales de la estrella. Sin ser consciente de lo que hacía se

colocó a los pies de la cama, posó una rodilla sobre el colchón y se inclinó hacia la mujer inhalando profundamente. Necesitaba encontrar el origen de esa esencia divina. Provenía de ella, estaba seguro. Acarició con la nariz su vientre y el olor se hizo más denso, más insistente. Emanaba de su piel de seda.

Incapaz de resistir la tentación, besó con ternura el estómago de su humana... Y se perdió en su sabor.

La fragancia penetró veloz en su cerebro, impidiéndole razonar, urgiéndole a sentir. Lamió la piel del abdomen, se recreó en los recovecos de los dedos de la mujer que permanecían posados sobre éste, subió para saborear sus pezones y volvió a deslizarse hacia

abajo. Hacia el origen del perfume. Se topó con la prenda íntima que cubría el sexo de su amiga. Coló sus dedos bajo la fina barrera y la retiró de su camino.

Posar sus labios sobre el pubis de Deneb fue la experiencia más intensa y arrebatadora que había sufrido en su dilatada vida. Incapaz de detenerse dibujó un camino de besos que le llevó hasta el umbral del que emanaban los seductores efluvios. Penetró en él con su lengua y recogió cada gota de salado rocío. El cuerpo de la mujer tembló con violencia. Sus caderas se elevaron a la vez que sus piernas se cerraron, apresándole entre ellas.

—¿Qué...? —la escuchó susurrar con voz ronca por el sueño.

Deneb abrió los ojos y creyó ver algo entre sus piernas, una especie de resplandor. Parpadeó para alejar el sueño y miró de nuevo; no vio nada ni a nadie. Habrían sido imaginaciones de su mente, alterada por la erótica fantasía que acababa de tener.

Se dejó caer sobre la cama y observó la ventana. Continuaba cerrada. Él no estaba allí.

Suspiró, irritada consigo misma por ser tan... Fantasiosa. Había dejado las persianas subidas, a pesar del frío reinante en el exterior porque, por algún extraño motivo, antes de acostarse había deseado que Sirius estuviera allí, con ella. Había pensado, como una tonta, que si él veía las cortinas medio

descorridas y la ventana libre de persianas, subiría a su habitación como había hecho las primeras noches y... Y se acostaría junto a ella, la abrazaría, la besaría y... Todas las demás cosas que él le había hecho en el increíble sueño que acababa de tener.

Juntó las piernas con fuerza y un escalofrío recorrió su cuerpo. Estaba excitada. Muy excitada. El sueño había terminado demasiado pronto. Miró de nuevo hacia la ventana. Le imaginó frente a ella, mirándola, y deslizó la mano hacia su empapado sexo. Sus párpados cayeron ocultando sus iris azules cuando se tocó el clítoris con el índice. Abrió de nuevo las piernas, sus pies toparon con el edredón, pataleó

para librarse de él y continuó acariciándose.

Sobre el suelo cayeron unos pantalones vaqueros y una camiseta beis.

Sirius logró contener sus átomos hasta que Deneb volvió a cerrar los ojos. En el mismo instante en que cayeron sus párpados, se materializó a los pies de la cama, arrodillado entre las sombras. Jadeando aterrizado por lo que había estado a punto de suceder. ¡Casi le había descubierto!

Cuando Deneb le había apresado entre las piernas había decidido escapar desmaterializándose, y así lo había hecho. Pero todos los átomos de su cuerpo se rebelaron provocándole un

terrible dolor. Sus moléculas fluctuaron, cambiando de temperatura, consistencia y presión, luchando por volverse solidas de nuevo. Por seguir disfrutando del tacto, el sabor y el aroma de la mujer que las había seducido. Y él apenas había logrado contenerlas.

Ahora estaba allí, desnudo ante ella, en la postura del suplicante, totalmente deslumbrado por lo que sucedía ante sus ojos.

La observó hipnotizado y sus propias manos decidieron por él. Acariciaron su masculino vientre, deslizándose veloces hasta su enorme pene erecto. Lo acogieron entre las palmas y lo apretaron sutilmente mientras contemplaba como ella se

acariciaba. Aprendió los puntos en los que sus dedos se posaban más a menudo, estudió el ritmo de las caricias, la manera en que se tocaba. Absorbió cada soplo de aire que transportaba su aroma, se meció con sus gemidos y jadeos.

Vibró con ella.

Sus propias manos se movían al ritmo de las de la mujer, pero no era suficiente. Necesitaba más. Se acarició la corona y presionó el glande sin dejar de mirarla. Observó como ella introducía índice y corazón en el interior de su cuerpo e imaginó que era él quien penetraba en ella. Se envolvió el pene con las manos e imitó los movimientos de los dedos de Deneb entrando y saliendo de la vagina.

Y cuando ella gritó su éxtasis, un orgasmo arrollador recorrió el cuerpo estremecido de la estrella que se sentía humano.

Deneb cayó rendida, abandonándose al sueño.

Y Sirius la contemplo dormir, con un nudo de emociones estrangulándole el corazón. Dirigió la mirada hacia su mano y observó el líquido que le humedecía la palma. Había salido de él, de su placer. Lo analizó, sólo eran unas pocas moléculas de agua mezcladas con carbono y cloruro sódico. Nada más. Ninguna chispa de vida, ningún aminoácido ni proteína. Su semen era tan estrella, y por ende, tan yermo, como él, pensó abatido.

—¿Y qué habías imaginado, idiota?
—se reprendió a sí mismo en un susurro
—. ¿Qué sólo porque tu cuerpo se comporta como el de los humanos iba a poder engendrar vida igual que ellos?

Se incorporó, se vistió con rapidez y miró cabizbajo a la mujer dormida. No volvería a cometer el error de actuar como un humano. La vuelta a la realidad era... Dolorosa. Se inclinó sobre su amada hasta que sus labios tocaron su frente y tras unos segundos, caminó hacia la ventana y partió.

Capítulo 6 - Año Nuevo, vida nueva

A las doce de la mañana del último día del año sonó el telefonillo. Deneb se levantó presurosa del sillón y corrió a abrir el portal. Un par de minutos después Sirius entraba por la puerta. Los dos amigos se miraron durante un segundo, para al siguiente bajar las miradas con rapidez. Aturullados. Con las mejillas coloradas. Sirius recordando lo que había visto y sentido la noche anterior. Deneb rememorando avergonzada lo que había soñado y con quién lo había soñado. Sirius metió las

manos en los bolsillos de su pantalón, Deneb pasó las palmas por su blusa, alisando arrugas invisibles.

—Bueno... —dijo ella—. Parecemos dos tontos aquí parados. ¿Has desayunado? —Sirius negó con la cabeza—. Pues vamos, te he comprado un paquete de donuts —le informó con una gran sonrisa.

Se sentaron a la mesa de la cocina y se quedaron callados, observándose mutuamente, incómodos, sin saber bien que decir. Había algo intangible entre ellos, un nuevo sentimiento en el aire, un temor escondido, un anhelo inesperado.

—En fin... ¿Dónde tienes pensado que busquemos hoy? —preguntó Deneb medio en broma.

Cada mañana le preguntaba lo mismo y él siempre respondía: allá donde nos lleve tu olfato de profeta. Era una especie de ritual entre ellos.

—Estoy pensando en marcharme — contestó Sirius.

El corazón de la muchacha se detuvo.

—¿Por qué? —susurró.

—Necesito... Irme a otro lugar — confesó una verdad a medias.

Necesitaba alejarse de ella porque estaba aterrorizado. La noche anterior había descubierto la profundidad de unos sentimientos que no podía permitirse tener. La vida de Deneb era demasiado corta. Apenas una millonésima parte de lo que le quedaba

por vivir a él. No podía continuar junto a ella. No cuando eso implicaba enamorarse más y más de ella a cada hora que pasaba.

—¿Es por el asunto ese de las catástrofes? —preguntó Deneb buscando el motivo de la desesperanzadora marcha de su amigo.

—En parte —mintió la estrella—, en esta ciudad no suceden desastres destacables y yo necesito vaticinar algo. Además, tú necesitas buscar un trabajo para poder comer, vestirme y todas esas cosas que hacéis los humanos, y mi presencia aquí te impide centrarte en ello —musitó con la mirada fija en ella.

El mismo día que le besó Deneb le

había devuelto su dinero para luego asegurarle que le ayudaría a buscar catástrofes porque era su amiga, nada más. Desde entonces habían pasado juntos todas las horas del día, paseando, riendo, hablando... Conociéndose. Durante ese tiempo su amiga había rechazado todos sus intentos de darle el dinero que había ganado con la venta del diamante, y que él, la verdad sea dicha, no tenía ni idea de cómo gastar.

Sirius era consciente de que Deneb necesitaba un trabajo, lo veía en sus ojos cuando leía el periódico en busca de síntomas de algún desastre y ella desviaba la mirada hacia las páginas de oferta de empleo. Lo intuía cada vez que ella metía esa extraña tarjeta de plástico

en las ranuras de las máquinas que daban dinero y fruncía el ceño al leer el papel blanco con números negativos que ésta le daba a cambio.

Ambos necesitaban retomar la rutina de sus vidas.

Él para volver a ser tan insensible como era.

Ella para continuar caminando hacia el futuro.

—Ah, bueno si es por el tema de mi trabajo, no te preocupes —dijo Deneb a la desesperada— tal y como está el país, no creo que encuentre nada antes de que acabe la Navidad. Y los desastres... Quizá no sea época de desgracias. Al fin y al cabo estamos en Navidad. Nada malo debería suceder en

estas fechas.

—Puede que tengas razón, pero aún así necesito cambiar mi reputación —mintió él agarrándose a un clavo ardiente. Necesitaba alejarse de ella para recuperar su corazón de piedra.

—Te propongo un trato —dijo Deneb con una sonrisa ladina—. Quédate hasta la noche de Reyes, y si no te he convencido entonces de que las catástrofes no son lo que necesitas para cambiar tu reputación, te dejaré marchar.

—Pero...

—Oh vamos, ¿Qué son cinco días de nada para la vida de una estrella? —bromeó ella.

—Una eternidad —contestó él con

seriedad. Deneb le miró interrogante—. Está bien —Claudicó. Ciento veinte horas no podían dañar mucho más su corazón, y si era sincero consigo mismo, deseaba permanecer junto a ella. Para siempre.

—¡Perfecto! Te voy a demostrar lo importante que eres, oh, mi Gran Estrella de Oriente —afirmó burlona—, y para eso te voy a enseñar lo que significa la Navidad. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—No.

—Bien. Hoy cenarás con mi familia.

—¿Qué?

—Te voy a enseñar cómo nos despedimos los humanos del año viejo —afirmó guiñándole un ojo.

Sirius se miró los brillantes zapatos negros mientras subían en el ascensor. No entendía por qué tenía que vestirse de gala para pasar la noche con la familia de Deneb. Y sobre todo, no comprendía como esos estúpidos trozos de piel con suelas podían hacer tanto daño. Le rozaban, le apretaban y le hacían tropezar.

Ojalá pudiera ponerse de nuevo las deportivas, pero Deneb no se lo permitía.

—¿Quieres dejar de moverte y refunfuñar? Pareces un niño pequeño.

—Me hacen daño —gruñó Sirius.

—Pues te aguantas. Para estar guapo

hay que sufrir.

—Estoy guapo sin zapatos.

—Sirius, escúchame con atención —le instó Deneb con inusitada seriedad, atrapándole la cara entre sus dulces manos—. Eres un adulto y te vas a comportar como tal —le regañó.

—No soy un adulto. Soy una estrella, y las estrellas no llevan zapatos —replicó él enfadado.

—¡Sirius!

En ese momento las puertas del ascensor se abrieron mostrando un pasillo iluminado.

—¡Abuela! Ya ha llegado la tía, ¡y viene con un hombre! —exclamó una voz infantil desde el umbral de una las puertas.

Una mano diminuta le aferró la pernera de los pantalones, tirando con fuerza de ellos. Y sin saber bien cómo, Sirius se encontró de repente en mitad de un brillante salón decorado con estrellas, guirnaldas, calcetines rojos, un enorme árbol de navidad —de plástico— y un imponente Portal de Belén que ocupaba gran parte del mueble. A su alrededor se congregaron tres niños curiosos que no dudaron en hacerle las preguntas más inesperadas.

—¿Eres el novio de tía Deneb?

—¿Por qué tienes el pelo rojo?

—¿Te has portado bien este año? Si no, los Reyes Magos no te traerán nada.

—¿Te gusta la lombarda? La abuela se empeña en hacerla todas las

Nocheviejas para cenar y huele fatal.

Sirius buscó aturdido a su amiga, y la encontró en mitad de un círculo de adultos. Le sonreía divertida sin dejar de contestar a las preguntas que le hacía una señora mayor muy parecida a ella.

—¡Niños! —exclamó la anciana dando palmas para llamar la atención de los pequeños seres—. Dejad tranquilo al amigo de la tía antes de que salga huyendo despavorido.

Sirius no pudo evitar reírse ante el comentario de la buena mujer y, a partir de ese momento se convirtió en uno más de la familia. Comió lombarda, que efectivamente olía fatal, se bebió de un sorbo el consomé —ganándose una airada mirada de Deneb por no usar

cuchara, pero ¡jopé!, nadie le había avisado de que tenía que usar cuchara —, se infló a comer las gambas y langostinos que le pelaron los sobrinos de su amiga, probó un poco de cordero asado y disfrutó como un enano con los polvorones y turrónes. Brindó con un anillo de oro en el fondo de la copa, lanzó petardos, dibujó estelas de luz con las bengalas y comprobó divertido que el champan tenía burbujitas que se empeñaban en hacerle cosquillas en la nariz.

Besó, felicitando el año nuevo, a los tres sobrinos de Deneb, a su hermano, a su cuñada y a su madre. Disfrutó tanto del contacto físico, que sin ser consciente de ello, besó a su amiga un

par de veces más de lo normal entre amigos, luego, no contento con eso, la abrazó haciéndola dar vueltas por toda la estancia. Bromeó con los adultos, se arrancó a cantar villancicos con los niños, jugó con ellos al escondite —y se le dio francamente mal, siempre le encontraban—. Se arrastró debajo de las camas buscándolos. Perdió a la oca y al parchís. Y por último, acabó sentado a las tres de la mañana, en mitad del suelo del salón, descalzo, con el pelo revuelto, mordiéndose los labios y con la mirada brillante mientras intentaba conseguir que una chapa, con cara de jugador de fútbol, empujara un garbanzo y que éste entrara en una portería hecha con una pequeña caja de cartón.

—Le gustan mucho los niños — comentó la anciana mirando a su hija—, será un padre estupendo.

—¿Por qué me miras así, mamá? — preguntó Deneb divertida.

—Es un buen hombre, amable y cariñoso. Y no deja de mirarte.

—Es sólo un buen amigo, mamá.

—Y yo soy una vieja tonta sin ojos en la cara —afirmó la madre.

—¡Tía! ¡Sirius ha conseguido meter el garbanzo! —gritó riendo uno de los niños a la vez que Sirius se ponía de pie, alzaba los brazos sobre su cabeza y comenzaba a dar saltos a la vez que aullaba «Gooooool». ¡Por fin lo había conseguido!

Comenzaba a amanecer cuando Sirius y Deneb regresaron a casa. La estrella era incapaz de dejar de hablar. Estaba entusiasmado, daba saltitos por la calle y a veces, sin previo aviso, asía la cintura de la mujer, la levantaba en el aire y comenzaba a dar vueltas. La acompañó sin dejar de hablar y reír hasta la puerta del pequeño piso y se quedó callado en el mismo momento en que ella sacó las llaves del bolso.

—Es casi de día —comentó Deneb—
— ¿Te apetece un chocolate con churros?

—Me encantaría.

Pasaron en silencio a la cocina y mientras ella se ocupaba de hacer el

desayuno, él se sentó a la mesa, cabizbajo.

—Tienes una familia maravillosa —comentó en voz baja.

—Mi madre es un poco dictadora —confesó Deneb poniendo dos tazas sobre la mesa— pero aparte de eso, sí, todos son maravillosos.

—Tus sobrinos son extraordinarios. Vitales. Desprenden felicidad en cada cosa que hacen. Daría lo que fuera por tener una familia así.

—Uf, que serio te has puesto —comentó Deneb. Se sentó a su lado, acariciándole la mano—. Como profeta que soy, voy a hacer el único vaticinio que estoy segura de que se cumplirá —afirmó—. Tendrás una gran familia. Tus

hijos y tu esposa te adoraran. Serás el mejor padre del mundo —decretó mirándole con cariño.

—Como profeta eres un desastre —replicó Sirius con una amarga sonrisa en los labios—. Jamás podré tener hijos.

—Claro que sí.

—No. Soy una estrella. Los astros somos sólo elementos químicos. Mi ser se compone de hierro, hidrógeno, helio, oxígeno y carbono bien mezclados. Nada más. No poseo la chispa vital que a vosotros os permite fusionar vuestras esencias y engendrar vida. Soy materia estéril en un cuerpo que se cree humano.

—Oh, vamos, no me vengas con chorradas —espetó Deneb confundida. La tristeza en los ojos de su amigo la

convenció de que él creía firmemente lo que decía.

Puede que estuviera un poco loco, que se creyera una estrella, que se comportara a veces de manera extraña, pero en ese preciso momento estaba revelándole la verdad más dolorosa de su alma.

Sirius se levantó de la silla y caminó melancólico hasta la ventana. Observó con tristeza las solitarias y oscuras calles, pensando en la negra soledad de su rincón del universo.

—Te voy a decir una verdad irrefutable, Sirius —dijo muy seria—. Los hijos no son fruto de la combinación de esencias entre un hombre y una mujer —aseguró Deneb, colocándose al lado

del abatido hombre y eligiendo con cuidado las palabras.

Sirius enarcó una ceja y negó con la cabeza.

—Es verdad —afirmó ella retirándole un mechón de fulgurante pelo rojo que había caído sobre su frente—. Los niños son fruto del amor, y el amor tiene demasiada fuerza como para confinarlo a la simple esencia física. Tus hijos quizá no tengan tu sangre, pero tendrán tu corazón. Hay miles de niños que esperan impacientes encontrar un padre como tú, ellos serán tus hijos del alma. Es muy sencillo engendrar un bebe, basta echar un simple polvo. Pero ser padre va más allá de eso. Ser padre es amar a tu hijo, educarle,

comprenderle, regañarle, sentir cada una de sus heridas en tu propio cuerpo, llorar con cada una de sus frustraciones, saltar con sus alegrías, vivir cada soplo de su respiración. No tienes que engendrar un hijo para ser su padre, solo tienes que amarle por encima de todas las cosas. Y tú tienes esa capacidad. Estoy segura.

Sirius parpadeó y por sus pómulos se deslizaron tibias gotas de agua salada. Observó inmóvil a Deneb, sin saber bien qué decir o hacer, y su cuerpo reaccionó igual que lo haría el de cualquier humano que se preciara de serlo. Se abrazó a ella, y se permitió creer, aunque sólo fuera por un breve momento, que su sueño podría algún día

realizarse.

Más allá de las ventanas de un pequeño piso, el amanecer inició su periplo por la tierra e iluminó con dorados rayos la pequeña cocina en la que una mujer y una estrella con cuerpo de hombre permanecían abrazadas.

El Sol, astro rey del sistema solar, susurró a sus compañeros de La Vía Láctea la escena que estaban presenciando sus rayos.

Orión se removió inquieto en el trono de su constelación pues Sirius, su más antiguo compañero, estaba jugando con fuego.

Antares negó con pesar desde su

brillante nebulosa, anticipando el futuro sufrimiento de su amigo.

Rigel, Mirzan, Bellatrix y Casiopea susurraron al viento cósmico: ¿Es posible el amor entre una humana y una estrella?

Nadie fue capaz de responder a esa cuestión.

Capítulo 7 - La importancia de una Estrella

—¡Ya era hora tía! ¡Vamos a llegar tarde a la cabalgata por vuestra culpa! —exclamó el más pequeño de los sobrinos de Deneb—. Sirius, no te olvides de que has prometido subirme a hombros. Con lo alto que eres seguro que podré tocar a Melchor.

—Pues yo prefiero a Baltasar, me gusta más, es negro y no tiene barba. La barba hace feos a los hombres —comentó marisabidilla la niña.

—A mí me gustan los tres por igual

—se apresuró a apuntar el mediano, no fuera a ser que los Reyes Magos, con sus potentes y mágicos oídos les escucharan y se enfadaran con sus hermanos por preferir a uno sobre los otros dos. El quid de los regalos, estaba en complacer a los tres reyes.

—Bueno, bueno, ya veo que estamos ligeramente nerviosos en esta casa —comentó Deneb divertida.

—Ni te lo imaginas hermanita —afirmó el padre de los infantes besando a Deneb.

—¿Ya estamos todos? Pues vámonos —ordenó la matriarca del clan—. Al fin y al cabo sólo faltan dos horas para que comience la cabalgata y tenemos que coger sitio —apuntó con

ironía.

Los niños se agarraron a la estrella y la familia al completo se dirigió, entre risas y charlas, hacía el lugar donde comenzarían a perpetrarse los sueños y emociones de esa mágica noche.

Caminaron hasta un parque cercano al paso de la cabalgata y allí se dispusieron a esperar. Los niños, corrieron a jugar en los columpios. Los adultos les acompañaron vigilantes, y Sirius y Deneb fueron los encargados de guardar el sitio.

Sirius observó a quienes le rodeaban: niños, papás, abuelos... Todos dispuestos a esperar bajo el frío madrileño el paso de tres inconscientes que prometían a los críos entregar todos

los regalos del mundo en menos de una noche. Bah.

—Ya vuelves a fruncir el ceño —le regañó Deneb.

—Es que me fastidia esto de los Reyes. Todos los niños les admiran, y no son nada. Hace años que murieron, pero ya lo ves, miles de persona se han reunido para saludar a sus clones. Tres tipos listos esos Reyes Magos. Supieron hacerse con una buena reputación y hoy en día, más de dos mil años después, todo el mundo les adora.

—Y sin embargo la tuya está hecha un asco —se burló Deneb.

Sirius gruñó.

En los cinco días que habían pasado desde la Nochevieja, no habían vuelto a

tocar el tema de las catástrofes ni de la reputación perdida de la estrella. Se habían volcado en pasar juntos todas las horas del día y de la noche, hablando sin parar de sus vidas. O más exactamente de la vida de Deneb, pues todo el empeño de Sirius se centraba en averiguar lo que le había pasado en cada segundo de su vida. Encontraba apasionante a la par que imprescindible conocer cuáles eran sus colores favoritos, sus libros, su música, sus viajes, y en definitiva cualquier cosa relacionada con ella. Era como si quisiera aprender todo sobre ella antes de marcharse a su *reino* esa misma noche, tal y como había afirmado que haría.

—Explícame una cosa, Sirius, ¿Por qué estás tan empeñado en cambiar tu reputación? —le preguntó Deneb curiosa.

Por supuesto, no creía ni por asomo que Sirius fuera una estrella, pero incluso en su locura, el tema de su reputación era algo demasiado importante para él como para obviarlo.

—Ya te lo dije, se me ocurrió brillar con fuerza para consolar a un niño llorón...

—Sí, eso lo sé, pero, ¿Cuál era tu reputación antes de ese... percance?

—Vivo en la constelación Can Maior, muy cerca de Orión. Soy uno de sus perros, el Gran Can —se aventuró a explicar—. En la India fui el «Gran

Cazador» y los antiguos escandinavos me consideraban «La Antorcha de Loki». Homero dijo de mí en la Ilíada que era la estrella más brillante y malvada —apuntó sonriendo orgulloso—. Junto con Antares custodié «El camino de las almas» del pueblo Cherokee. Tengo muchos nombres, y todos implican fuerza, valentía y poder. Y por un pequeño momento de debilidad toda mi historia ha sido borrada de un plumazo. El común de la gente de este planeta sólo me recuerda, si es que lo hace, como la estrella que brilló para guiar a los Reyes Magos. ¡Y no es justo! Todo el mundo los adora, y a mí, ¡qué me den morcillas! —exclamó indignado.

—Ya veo —comentó Deneb

pensativa— creo que estás enfocando mal el asunto.

—¿Qué lo estoy enfocando mal?!
¡No hay otra manera de enfocarlo! —
bufó exasperado porque su amiga no le entendía.

—Espera... —Deneb dio un fuerte silbido. Su hermano, que estaba al lado del tobogán, se giró y comenzó a caminar hacia ella—. Luis, guarda tú el sitio, por favor. Quiero hablar con los niños un momento —le pidió cuando estuvo junto a ella.

Asió la mano de Sirius y le llevó hasta donde jugaban sus sobrinos. Los llamó y se agachó hasta quedar a su altura.

—Mi amigo tiene una duda, y he

pensado que tal vez vosotros podáis explicársela.

—Claro que sí, tía. Vamos, dispara.

—Sirius, aquí presente, se pregunta cómo fue posible que los Tres Reyes Magos llegaran a tiempo de entregar a Jesús sus regalos. Al fin y al cabo vivían muy lejos, y en aquella época no había carreteras ni GPS.

—¿No lo sabes? —preguntó alucinado el más pequeño.

—Pues claro que no, sino, no lo preguntaría —contestó la mayor.

—La Estrella de Oriente brilló muy fuerte en el cielo, y les indicó a los Reyes el camino a seguir —aclaró el mediano, siempre el más sensato—. Brilló y brilló durante días,

enseñándoles por donde debían ir para llegar hasta el Portal de Belén.

—Por eso es tan importante tener una Estrella de Oriente en casa, sobre el árbol de Navidad —apuntó el pequeño—, para que guie a Melchor, Gaspar y Baltasar hasta nuestro salón y nos dejen los regalitos.

—Nosotros tenemos dos —informó la niña mayor—. Una sobre el pesebre en el que duerme Jesús para que no se olviden de dejarle alguna cosita a él, y otra en la rama más alta del árbol de Navidad, para que la vean a través de la ventana y nos dejen muchos regalos y muy bonitos —especificó.

—Eh... vaya —farfulló Sirius ante la mirada divertida de Deneb—. Esa no

es una tradición muy común, de hecho no conozco a nadie que la siga —comentó arqueando las cejas a la vez que miraba a su amiga desafiante.

—No es una práctica habitual, porque es nuestro secreto —explicó el pequeño en voz baja y conspiradora—. El abuelo nos lo contó cuando éramos muy pequeños, antes de irse al cielo, y desde entonces lo hacemos todas las navidades. A la tía —señaló a Deneb— le regaló una estrella muy bonita, que se llama igual que tú, y es la que colocamos todos los años sobre el árbol.

—Pero no es sólo nuestro secreto —apuntó el mediano— también se lo hemos contado a nuestros amigos, pero

solo a los que sabemos que son buenos y se portan bien. Para que pongan la estrella y los Reyes visiten antes sus casas.

—Si tienes la estrella, los Reyes no se pierden, y vienen sí o sí. Por eso es tan importante —susurró la mayor.

—¿Te has enterado, colega? —preguntó burlona Deneb a su amigo—. A ver si te das cuenta, de una buena vez, de la grandísima importancia de la Estrella de Oriente.

—¡Claro que sí! —exclamó el más pequeño— Si no llega a ser por la estrella, los Reyes se hubieran perdido, y no habría regalos. Jo. Estos mayores no se enteran de nada —les comentó a sus hermanos. Estos asintieron sus

palabras, y después de dar un par de besos a sus tíos, regresaron a sus juegos infantiles.

—¿En qué piensas? —le interrogó Deneb poco después, de nuevo guardando sitio para ver la cabalgata.

—En que no te falta razón. Prefiero ser la estrella que guía a los Reyes, que la estrella mala con nombre de perro.

Deneb rió con ganas ante la respuesta, abrazó con fuerza a su alocado amigo y depositó un casto beso sobre sus labios.

Sirius se sintió aturdido ante el ligero roce. Desde la noche en que compartieron sueños, consolándose con caricias solitarias, no había vuelto a besarla. Y ese ósculo, tan inesperado

como deseado, que acababa de regalarle rompió todavía más las barreras que desesperadamente intentaba levantar para proteger su corazón.

—¡Ya llegan las carrozas! —gritó un niño. Un clamor de voces ilusionadas se elevó eclipsando los sonidos de la ciudad—. ¡Ya los veo! ¡Ya están aquí!

—¡Mirad el cielo! —exclamó Deneb en ese momento a la vez que guiñaba un ojo a Sirius—. ¡La Estrella de Oriente está brillando para guiar la cabalgata! —gritó señalando un punto en el firmamento que en absoluto resplandecía más de lo normal.

Sirius sonrió, asió su mano y la dirigió hacia otra parcela del universo. En ese momento, un fulgor inesperado

cautivó a todos aquellos niños y adultos que miraban hacia arriba.

Porque, de repente y por segunda vez en más de dos mil años, una estrella de belleza inusitada brillaba con fuerza, señalando el camino a seguir.

—Uf, ha sido increíble. ¿Te lo puedes creer? La Estrella de Oriente ha brillado en el cielo durante toda la cabalgata. ¡Alucina vecina! —exclamó Deneb quitándose los zapatos de un par de patadas nada más entrar en su casa—. Mañana tu alter ego va a salir en todos los periódicos del país... ¡Y del mundo entero! ¡Al final vas a ser más famoso que los Reyes Magos! —dijo guiñándole

un ojo divertida.

—¿Saldré en la tele? —preguntó Sirius estupefacto.

—Seguro que sí. Hablaran de ti en los telediarios, seguro —afirmó burlona—. Ya me estoy imaginando los titulares: «La bíblica estrella de Oriente brilla con fuerza en la noche de la víspera de Reyes». Es... ¡Increíble! —rió dando saltos por todo el salón—. Tu estrella se ha creado una impecable reputación con sólo tres horas de trabajo —comentó mordaz dándole un codazo travieso—. Estarás contento.

Sirius asintió con la cabeza, más que contento estaba radiante. Pero no por su recién creada reputación, sino por el brillo ilusionado en la mirada de

su amiga.

—Oh, Dios, ¿Quién lo hubiera pensado? Me parece increíble que Sirius, no, tú no, la estrella, — especificó Deneb al ver que él arqueaba las cejas— decidiera brillar con fuerza, justo hoy. ¿Crees que será una reacción periódica que se producirá cada dos mil once años? O tal vez será un estallido ocasional debido a... No sé, el viento cósmico o algo por estilo. No, tiene que ser algo periódico —murmuró entornando los ojos, pensativa—. Brilló para los Reyes de Oriente, y ha vuelto a brillar ahora, seguro que es un acontecimiento que se repite cada dos siglos. Algo así como el cometa Halley. Estoy deseando ver los telediarios de

mañana, seguro que nos explican que ha pasado —afirmó exultante.

Con cada palabra que ella pronunciaba, el rostro de Sirius iba tornándose más y más serio.

Deneb no creía su historia. Nunca había creído que fuera el verdadero Sirius, la estrella de Oriente. No le consideraba más que un humano normal y corriente y algo excéntrico.

—Eh, ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara? —preguntó ella al ver su gesto de abatimiento.

—Es hora de que me vaya.

—¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer.

—Ah, sí. Pues no te creo. Llevas dos semanas sin tener nada que hacer, y

de repente tienes algo de lo que ocuparte. ¡Y una mierda! Estás huyendo —aseveró acercándose hasta quedar pegada a él—. Estás acojonado porque te acabas de dar cuenta de que, ahora que has recuperado la reputación de tu estrella, ya no tienes nada por lo que seguir inventando historias y buscando catástrofes que no quieres que ocurran.

—Yo no invento historias —afirmó muy serio.

—No. Claro que no. Tú vives en un mundo de fantasía.

—Mi mundo es tan real como el tuyo —replicó dolido.

—Exactamente. Tu mundo es tan real como el mío, y yo quiero formar parte de él —en el momento en que

Deneb pronunció esas palabras se dio cuenta de que eso era lo único que deseaba en su vida.

—Tú eres humana y yo soy una estrella —intentó advertirla.

—¡Sí! ¿Puedes llegar a imaginarte, siquiera por un instante, los maravillosos hijos que criaremos con mi realidad y tu fantasía? —indicó, viendo con los ojos de su imaginación la extraordinaria familia que formarían.

—¿Qué hijos?

—Los que pronto llenaran esta casa —afirmó, segura de su futuro.

—Yo no puedo tener hijos.

—Cariño, hay miles de niños esperándote con los brazos abiertos. No te niegues a ellos. No te niegues a mí —

susurró abrazándole.

—Pero...

—Oh, cállate de una vez y bésame.

Y eso hizo Sirius.

Al principio sólo fue un ligero ósculo, un roce de labios, un encuentro de almas. Pero ella le enseñó a besar. Abrió sus labios para él, jugó con su lengua, mordisqueó su boca, acarició su paladar.

Y Sirius olvidó que no sabía besar, que nunca había hecho nada parecido con nadie, y se dejó llevar. La acompañó en cada toque de sus manos, saboreó cada centímetro de su piel, acarició cada lugar secreto.

Cayó junto a ella sobre la cama, la desnudó y se dejó desnudar. Contempló

su cuerpo perfecto y fue contemplado. Y cuando Deneb le obligó a tumbarse bocarriba, abrió los ojos y dejó que le amara.

Se mantuvo sumiso mientras ella le lamía la clavícula, gimió cuando deslizó la lengua por sus tetillas, jadeó al sentirla sobre el vientre y casi gritó cuando acogió el pene erecto entre sus labios.

Se aferró con fuerza al cabecero de la cama cuando ella succionó su corona, arqueó la espalda al sentir el roce de los dientes sobre su sensible glande y tembló al borde del orgasmo cuando ella se lo introdujo en la boca y comenzó a subir y bajar por toda su largura. Abrió los ojos cuando ella dejó escapar su falo

para ascender con desesperante lentitud por su cuerpo hasta ponerse a horcajadas sobre él. Tragó saliva al intuir lo que iba a ocurrir a continuación: Deneb se montaría sobre él, enterrándole profundamente en ella. No quería eso. No tan pronto. No sin antes saborearla.

Deneb inhaló sobresaltada cuando la aferró por la cintura, la hizo yacer de espaldas, se colocó sobre ella y la contempló como si quisiera grabarse sus facciones en las retinas. Después bajó la cabeza con lánguida pereza y la besó. Con pasión arrebatada, como si fuera el último beso, como si no pudiera dejar de besarla nunca. Le sintió recorrer su esbelto cuerpo femenino de la misma

manera que ella había recorrido el suyo.

Sirius se deleitó con el sabor de sus pechos, se perdió en el valle de su vientre, tocó el cielo al posarse sobre su clítoris enaltecido y paladear la esencia que lo bañaba. Repitió con su lengua cada movimiento que le había visto realizar la noche en que se acariciaron en sueños. Inventó toques y caricias que ella no conocía. Penetró en su cálida y dulce vagina y libó de ella hasta que oyó su grito de éxtasis. La escuchó hipnotizado gemir y jadear bajo sus caricias. Y cuando los temblores del cuerpo de su amada remitieron, se colocó sobre ella y entró en su interior.

Entretejieron juntos la danza del amor, movieron sus cuerpos al unísono

hasta que la estrella dejó de ser estrella y la mujer dejó de ser mujer. Hasta que ambos fueron un único ser.

Horas después el despertador sacó a Sirius de la paz de un sueño embriagador. Miró al diabólico aparato y bajó la temperatura del hidrógeno que le rodeaba, hasta que acabó congelado. Se giró en la cama y abrazó el dulce cuerpo que yacía a su lado.

—¿Qué le ha pasado al despertador? —preguntó Deneb pocos segundos después.

—Sonó demasiado fuerte y me despertó —respondió Sirius ensimismado en sus pensamientos.

—Ah —dijo Deneb observando el aparato congelado. No hacía nada de frío en la habitación. ¿Qué había pasado? Negó con la cabeza, decidida a pensarlo más tarde, cuando se hubiera despertado del todo—. ¿En qué piensas? —indagó al ver la expresión dubitativa en el rostro de Sirius.

—No quiero marcharme —confesó él en un susurro—. No quiero regresar a mi constelación. Quiero quedarme aquí, contigo.

—Quédate, nada te lo impide.

—No puedo abandonar así como así mi nebulosa. Tengo trabajo que hacer en ella, debo comprobar que sus reacciones nucleares sigan estables, que su... — miró a la mujer que yacía a su lado. Ella

estaba negando con la cabeza, aturdida —. No crees que sea una estrella. Nunca lo has creído —afirmó mirándola con pesar.

—Ah, Bueno... Yo...

—¡Pero lo soy! —aseveró frustrado —. Soy Sirius, la Estrella de Oriente. Vivo en Can Maior, soy el Perro Gigante de Orión. Si no puedes creer en mí, nuestra vida juntos comenzará con una mentira —alegó dolido porque ella no fuera capaz de entenderle.

—Hagamos un trato —propuso Deneb posando un dedo sobre los labios del hombre que se creía un astro cósmico—. Puedes asegurarme una y mil veces que eres La Estrella de Oriente, puedes hablarme de tus

nebulosas, constelaciones y amigos celestes, y a mí me parecerá fantástico. Pero no me preguntes jamás sí creo que eres una estrella. A cambio, te prometo creer en ti. En Sirius. En la persona que eres, en el hombre cariñoso al que amo con toda en mi alma, en el estupendo padre que serás para nuestros maravillosos hijos.

Capítulo 8 - Lo que oculta el corazón de una estrella

Muchos años después.

Deneb cerró los ojos. Últimamente le suponía un gran esfuerzo mantenerlos abiertos. Respiró trabajosamente e intentó permanecer despierta.

—Debes descansar cariño —dijo Sirius entrando en el cuarto y sentándose a su lado, en la cama—. He mandado a los chicos a dormir a sus casas, pero no

me han hecho caso —comentó interpretando la mirada de su mujer—. Han preferido echarse un rato en el salón. No ha servido de nada decirles que estás perfectamente y que deben permanecer junto a sus propias familias. Me temo que hemos criado a unos muchachos rebeldes que desobedecen a sus padres. ¿Crees que debería ir y regañarles? —preguntó bromeando. Deneb sonrió con esa sonrisa aniñada que enternecía el corazón de su marido. Intentó decir algo, pero la tos se lo impidió—. Shhh no hables, no hace falta —la reprendió él besándole la frente—. Duerme un poco, mañana será otro día. Ya verás —afirmó tendiéndose a su lado—. Deja que descanse, aquí, contigo.

Mis viejos huesos se están quejando tras pasar todo el día atendiendo a esos tragones que tenemos por hijos —se quejó sonriendo.

Deneb volvió a sonreír ante su desvergonzada mentira. Le observó una última vez y cerró los ojos feliz en el momento en que sintió el cuerpo de su marido acurrucándose junto al suyo.

Adoraba a ese hombre alocado. Cuando decidió compartir su vida con él, hacía ya tanto tiempo, ni siquiera había llegado a intuir cuánta felicidad le depararían los más de sesenta años que llevaban juntos.

Había realizado todos sus sueños junto a él. Eran padres de unos hijos maravillosos a los que amaban y que les

amaban más que a nada en el mundo. Xuan, era el mayor de todos, un inquieto niño vietnamita del que se habían enamorado durante un viaje. Luego llegaron Lai, una preciosa niña china; Akem, un camerunés de piel tan negra como el ébano; Soori, el senegalés de enormes ojos; Irina, la rubísima princesa rusa, y la última de todos, Alba, la pequeña y dulce peruana. De todos sus hijos, Alba era la única que había heredado el amor de su padre por las estrellas.

Ninguno de sus hijos era ya un niño. Todos tenían sus propias familias, y algunos ni siquiera residían en España. Pero todos habían acudido a la llamada silenciosa de su padre.

Ah, tonto, tonto Sirius, pensó Deneb.

Estaba tan aterrorizado por ella, que todos sus hijos habían sentido el miedo en su voz y habían acudido a su casa.

Para hacerles una visita, aseveraban.

Para despedirse de ella, intuía Deneb.

Eran tan maravillosamente tontos como su padre. No debían asustarse ni entristecerse por ella. No tenía miedo a la muerte. Sabía que antes o después le llegaría la hora, y estaba preparada y con todos sus asuntos en orden. Oh bueno, todos no. Había una cosa que le preocupaba: Sirius. Su amante y cariñoso marido. Era por él por quien

debían preocuparse sus hijos. Tenían que cuidarle y arroparle para que no hiciera una locura.

Ah, temía tanto la reacción de su extraño marido.

Sirius, unas veces tan firme, otras tan inseguro. Siempre tan enamorado. El hombre que había elegido envejecer con ella en vez de mantenerse joven eternamente. Sí, ese pensamiento era una estupidez, pero no podía dejar de recordar las primeras arrugas en el rostro de su amado.

Deneb tenía casi cincuenta años, cuando cayó en la cuenta. Su rostro comenzaba a mostrar el paso de los años, sus manos ya no eran tan firmes, su cabello lucía algunas canas, y su

cuerpo... Ah, su cuerpo tenía demasiadas curvas en los lugares menos apropiados y algunas muy caídas. Nada fuera de lo normal para una mujer de esa edad. Pero Sirius, su marido, se mantenía igual que cuando le había conocido. Ninguna arruga en su piel, ninguna cana en su precioso cabello pelirrojo, nada de tripita o papada. Mantenía la misma fuerza y vitalidad que cuando era un joven de treinta años, pero hacía varios meses que había cumplido el medio siglo.

—¿Por qué no envejeces, Sirius? — le preguntó.

—¿No envejeczo? —respondió él confundido.

—No tienes arrugas ni canas... y

sigues igual de fuerte que siempre.

—Eso es porque me miras con buenos ojos —afirmó sonriendo.

Pero al día siguiente, su varonil rostro lucía arrugas en la frente y el rabillo de los ojos, y su estómago, plano y firme veinticuatro horas antes, exhibía una pequeña barriguita. Lo único que no modificó fue el color de su cabello: «tengo problemas con el exceso de hierro» le había explicado él, compungido.

Apenas dos semanas después la transformación de Sirius se había completado. Había envejecido veinte años en quince días. Deneb se preguntó en ese momento cuál sería el motivo del drástico cambio, pero como todo lo que

acontecía alrededor de Sirius, decidió pensarlo en otra ocasión.

Quizá ya había llegado esa ocasión.

Se permitió preguntarse, por primera vez en muchos años, a donde iría Sirius cuando desaparecía durante una semana cada año. Al regresar, siempre aparecía en su joyero algún hermoso diamante. Él aseguraba que acudía a su estrella para cuidar su mantenimiento, y que de paso, creaba esos preciosos diamantes para ella.

Se preguntó porque cuando se le olvidaba apagar el despertador los viernes, los sábados por la mañana aparecía congelado. Sirius odiaba madrugar en fin de semana, recordó sonriendo.

Se preguntó tantas cosas. ¿Por qué Sirius no necesitaba abrigarse en invierno? ¿Por qué desde aquella primera noche de Reyes, la estrella que su marido decía poseer, brillaba con fuerza durante la cabalgata? Ni siquiera los científicos eran capaces de explicarlo. ¿Por qué cuando sus hijos eran pequeños aseguraban que papá les hacía flotar en el aire? ¿Por qué los globos que escapaban de las manos de los niños siempre regresaban a las de su marido? ¿Por qué su pelo rojo no mostraba ninguna cana a sus noventa y un años? Ah, sí, por el hierro.

Y, sobre todo, la pregunta más importante de todas: ¿por qué una estrella inmortal, la más brillante del

universo, bajaría a la tierra para vivir en ella, como un simple humano, durante tantos años?

«Ah, para esa pregunta sí tengo respuesta. Y quizá también valga para el resto de las cuestiones», pensó Deneb sonriendo. «Porque en realidad es una estrella que se ha enamorado de una humana y quiere estar a su lado»

—Te quiero, Sirius, te querré siempre —musitó al oído de su marido con su último hálito de vida.

El llanto estrangulado que se escuchó tras la puerta de la habitación congeló el corazón de los hermanos que permanecían insomnes en el comedor.

Todos a una se levantaron de sus asientos y corrieron al cuarto de las personas a las que más querían en su vida.

Alba fue la primera en entrar.

—Papá... ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó asustada.

Su padre estaba arrodillado en el suelo, a un lado de la cama, toda la parte superior de su cuerpo tapaba el pecho de su esposa. Se abrazaba a ella como si temiera que Deneb fuera a marcharse sin él, con la cabeza hundida en el cuello de la anciana mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

—¿Papá, mamá está...? Oh, Dios.

Los seis adultos cayeron de rodillas rodeando a sus padres. Besándoles y

abrazándoles, intentando consolar al hombre inconsolable que lloraba por el amor perdido.

—Papá, tranquilízate, ella está ahora en un lugar mejor —dijo Xuam sin dejar de abrazarle.

—¡No! —gritó Sirius—. Deneb está aquí —dijo tocando el pecho inmóvil de la anciana—. Su energía sigue brillando en el interior de su cuerpo. Aún está con nosotros.

—Papá, mamá se ha ido —susurró Lai, mirando a sus hermanos, preocupada. Todos sabían que a veces su padre era un tanto... Imprevisible.

—Vamos, papá, levántate y serénate —ordenó con voz rota Akem—. Tenemos que llamar a un médico...

—¡No está muerta! Está aquí, conmigo. Puedo ver su energía brillar bajo su piel.

—Papá...

—No estoy loco. La estoy viendo ahora mismo. Aquí —volvió a tocar el pecho de la anciana—. Toda su energía se está agrupando sobre su corazón. En el lugar en que está su alma. Puedo verlo.

—Papá, por favor, escúchanos —suplicó Soori asustado ante la locura de su padre.

—¡No, maldita sea! ¡Escuchadme vosotros por una vez en vuestras vidas! ¡La energía no se destruye, se transforma! —gritó como si esa ley científica fuera lo más importante del

mundo en ese momento—. Sé de lo que hablo, soy una estrella. Puedo ver y manejar la energía, y la de vuestra madre está aquí, frente a mis ojos, estoy viendo su alma. Si sólo pudiera tocarla, la transformaría para que siguiera viviendo... pero no puedo, algo me lo impide.

—Papá —le abrazó Irina— no puedes tocar el alma de las personas, eso sólo lo puede hacer Dios. Él cuidará de mamá ahora.

—¿Dios? No, él no tiene nada que ver —desestimó Sirius con un gesto de la mano—. Deneb es energía.

—Claro que sí papá —consintió su locura Xuam—. Nadie lo duda. Deja que su energía se... vaya. Deja que

descanse.

—¡No! Irina —llamó a su hija—. ¿Por qué dices que el alma de tu madre es de Dios? —preguntó sin dejar de abrazar a su mujer.

—Bueno... Es lo que dicen. El alma de las personas buenas subirá al paraíso para estar junto a Él.

—¡No! ¡Deneb es mía! ¡No puede arrebatármela! —aulló Sirius abrazándose con fuerza a su esposa.

—Mira la que has liado —siseó Akem a su hermana.

—¡Yo te consolé! —gritó en ese momento el anciano, dirigiendo la mirada al cielo. Sus hijos le miraron asustados.

—Papá, no...

—¡Dejadle hablar! —exclamó Alba, la única de los hermanos que aún creía en esa vieja historia.

—¡Te reconforté! ¡Brillé para ti y dejaste de llorar! ¡Reíste al verme! ¡Me sonreíste! ¡Guié a esos tres patanes ante tu presencia!

—Papá, por favor, tranquilízate. Nos estás asustando —susurró Lai abrazándole.

—Nunca te he pedido nada, hasta hoy. ¡Devuélvemela! —continuó gritando Sirius, ignorando las súplicas de sus hijos.

—Papá...

—Estabas llorando y te consolé —sollozó Sirius incapaz de reprimir su dolor—. Ahora soy yo el que llora. ¿No

vas a consolarme?

—Me gusta verte brillar —se escuchó entonces la voz de un niño. Tan dulce y serena era que reconfortó los corazones de los humanos, no así el de Sirius, quien le miraba con esperanzado anhelo—. Iluminas el cielo con tu fulgor, pero hoy tu estrella no resplandece. No estés triste. Tu tiempo aquí ha terminado, debes regresar a tu lugar en el universo.

Los seis hermanos miraron a su alrededor buscando el origen de la voz infantil, pero no hallaron ningún niño entre ellos.

—¡Papá! —gritó Alba al volver la mirada hacia su padre.

Sirius ya no era un anciano, sino un

hombre joven. Tenía las manos posadas sobre el corazón de su mujer, y por entre sus dedos escapaba una luz blanca, tan hermosa, que dolía verla.

—Mirad el alma de vuestra madre —ordenó a sus hijos—. Observad lo pura que es. Lo increíblemente bella que se muestra.

Un calor inusitado comenzó a emanar del hombre a la vez que todo su cuerpo empezaba a temblar y brillar.

—Os quiero con todo mí ser —declaró Sirius a sus hijos—. No debéis echarnos de menos, ni llorar por nosotros. Os estaremos observando desde el cielo —afirmó.

Una hermosa nube blanca escapó entonces de entre los dedos del hombre

y recorrió lentamente la habitación, deteniéndose sobre el rostro de cada uno de los hermanos, posándose sobre ellos, acariciándolos con un roce etéreo. Luego regresó a las manos del hombre que brillaba con fuerza frente a la ventana de la habitación.

Sirius sonrió cuando el alma de su amada se acurrucó entre sus dedos, miró a sus hijos con sus ojos de hombre por última vez en su vida y se desvaneció en un estallido de luz.

Epílogo - Cuando el corazón habla

Tres días después de la muerte de su madre y de la extraña desaparición de su padre Alba retomó su trabajo. Podría haber pedido unos días a su jefe, y se los hubiera dado sin dudar, al fin y al cabo, también era su prometido, y nunca le negaba nada. Pero en lugar de eso, le había pedido un enorme favor. Y él se lo había concedido.

Se detuvo al llegar a la entrada del observatorio de El Roque de los Muchachos, en la isla de la Palma. Se giró y observó a sus hermanos, estos le

devolvieron la mirada. Estaban confundidos, no entendían porque había insistido en que la acompañasen en su vuelta al trabajo, pero lo habían hecho. Ellos tampoco le negaban nada nunca.

Entró con paso seguro en las instalaciones de uno de los mayores observatorios de la Tierra y se dirigió a una de las salas de visionado. Allí le estaba esperando su jefe. La abrazó, consolándola y apoyándola, y después, con un gesto de la mano, le indicó que los ordenadores estaban a su disposición.

Alba se sentó frente a la pantalla de su ordenador y tecleó unas coordenadas.

Sus hermanos se colocaron tras ella, silenciosos.

El enorme telescopio tardó unos minutos en colocarse con la orientación exigida y cuando lo hizo, una resplandeciente estrella iluminó todas las pantallas de la sala.

—Esta es Sirius —explicó Alba a sus hermanos—. Es la estrella más luminosa de la constelación Can Maior. También es la más brillante del cielo nocturno visto desde la tierra. Tiene muchos nombres, aunque el más conocido es el de Estrella de Oriente. Es la estrella que papá decía ser —aclaró con la voz estrangulada por las lágrimas.

—Estos días está teniendo un comportamiento extraño —informó el prometido de Alba al ver que ella

necesitaba un segundo para recuperarse —. Su órbita ha sufrido algunas variaciones y su espectro de luz ha cambiado. Estamos intentando averiguar el motivo, pero como todo lo que acontece con Sirius desde los últimos sesenta años, las causas de su inestabilidad escapan a nuestro entendimiento —confesó posando una mano sobre el hombro de Alba.

—Es... Hermosa —susurró Irina.

Los demás hermanos asintieron ante sus palabras, sobrecogidos por la belleza que las pantallas mostraban.

—¿Por qué está titilando? —preguntó Xuam observando con extrema atención el monitor.

—Nadie lo sabe —respondió uno

de los científicos.

—Parece que se está desdoblando —dijo Alba de repente, entornando los ojos—. ¡Hay otra estrella junto a Sirius! —exclamó.

—Es un efecto óptico —replicó su prometido, pero calló al mirar la pantalla.

En ese momento varias voces excitadas se elevaron al unísono.

—¡Señor, no es una estrella, son dos! ¡Sirius es binaria! —exclamó un hombre de bata blanca.

De repente la sala se llenó con las carreras de los científicos, los sonidos de cientos de teléfonos sonando y las exclamaciones estupefactas de las personas allí congregadas.

—¿Cómo no lo hemos visto antes?

—preguntaba uno.

—¡Una binaria, no me lo puedo creer! —exclamaba otro.

—Sirius es una estrella blanca, y su compañera... es una enana blanca — afirmó uno de los hombres, buscando la aprobación del resto.

—Sí, eso es. Una enana blanca. Es mucho más pequeña, y su espectro lumínico es inferior.

—¿Puede ser que al variar la órbita de Sirius, Sirius B haya salido a la luz? —especuló un científico.

—Puede ser —dudó el director del observatorio— ¿Sirius B? —preguntó.

—Necesita un nombre, siguiendo la normas en vigor, la estrella original será

Sirius A, y su compañera, Sirius B.

—Conforme, ese será su nombre científico —aceptó el director, luego miró a su prometida— Pero el nombre propio se lo pondrá su descubridora. Alba, ¿Cómo quieres que se llame?

—Deneb —susurró la mujer sin dudar.

Millones de millones de kilómetros por encima del observatorio de El Roque de los Muchachos, Deneb miró a Sirius, enfadada.

—¡Mira la que has liado! —le reprendió. Su enana blanca titiló—. Ay Dios —se quejó al ver que el brillo de su estrella escapaba, otra vez, a su

voluntad—. No podías esperar a que aprendiera a controlar la energía. No señor, tenías que mostrarme ante los niños sin que esté preparada para que me miren. ¡Voy a hacer el ridículo más espantoso! Ni siquiera sé brillar correctamente.

—Claro que sí —la reconfortó Sirius—. Vamos mujer, no te enfades, tenías que mostrarte ya, nuestros hijos estaban esperando para verte. No podíamos decepcionarlos.

—Pues es justo lo que estoy haciendo, decepcionarlos —replicó Deneb—. ¿Qué pensarán de su madre, incapaz de brillar como Dios manda?

—Lo estás haciendo muy bien —afirmó Sirius—. Eres tan hermosa que

harás llorar a todos los que te observen.

—Adulador —se sonrojó Deneb, haciendo que su estrella emitiera un brillo rojizo. Sirius rió con ganas—. Oh, mírame, otra vez he vuelto a hacerlo...

—Tranquila, haz que el hierro descienda hasta el núcleo y permítele al hidrógeno ascender. Así, muy bien. Ves como cuando te lo propones lo consigues.

—Sí, ya —contestó enfurruñada.

—Solo es cuestión de práctica. Ya verás como con los años llegarás a ser tan brillante y perfecta como yo —se jactó Sirius risueño.

—Ah, ¿sí? ¿Sabes lo que estoy pensando en este momento? —Sirius negó con la cabeza, alerta ante el tono

ladino de su esposa—. En estos tres días aún no me has enseñado una cosa...

—¿Qué?

—¿Cómo hacen el amor las estrellas?

Sirius titiló en el firmamento y se cubrió durante unas milésimas de segundo de un extraño velo rojo.

—Mujer... ¡Qué preguntas haces!

—Mmm... o sea que no tienes ni la más remota idea —se burló ella.

—Claro que tengo idea, es sólo que no es el momento. Nuestros hijos nos están mirando —se excusó él.

—No digas tonterías, cobarde. Ni siquiera desde el telescopio más potente pueden ver lo que sucede en el corazón de una estrella —afirmó tomando la

forma de la mujer que antaño había sido.

Eso era lo único que no le costaba conseguir, moldear sus moléculas hasta conseguir la apariencia de una mujer etérea y casi transparente.

—¿De qué tienes miedo? —musitó Deneb con voz ronca.

—Yo no tengo miedo de nada. Soy Sirius, la Estrella de Oriente, el Cazador, el Gran Perro, el...

—Ya, ya. Te he pillado. Eres un tipo importante por estos lares, pero no tienes ni idea de cómo hacer el amor siendo una estrella. No te preocupes, yo te enseñaré. Toma la forma que tenías en la tierra y déjate llevar —susurró abrazando a su esposo, que, por supuesto, se había apresurado a

obedecerla.

Un poco sobre Sirius y Deneb...

Sirius es la denominación latina de Sirio, la estrella más brillante de la constelación Can Maior, y la más brillante del cielo nocturno terráqueo.

Sirius es en realidad una estrella binaria, esto significa que está compuesta por dos estrellas. En 1844 el astrónomo alemán Friedrich Bessel dedujo que Sirius (A) tenía una compañera invisible. Años más tarde, en 1862, el astrónomo estadounidense Alvan Graham Clark, avistó por primera vez a su compañera, a la que

denominaron Sirio B, aunque también se la conoce como El cachorro. Sirius A es una «estrella blanca en la secuencia principal» y Sirius B es una «enana blanca» mucho más pequeña y de menor espectro lumínico.

Sirius está situado a unos ocho años luz del sistema solar, por tanto, si por azares de la vida, se le ocurriera titilar o dejar de brillar (Dios no lo quiera) tardaríamos varios años en enterarnos aquí, en la tierra.

La historia que relato, obviamente, es un cuento de hadas, o mejor dicho, de estrellas, por tanto me he tomado infinidad de licencias, aunque he intentado respetar, en cierta medida, algunas de las cualidades de Sirius.

La estrella real está compuesta principalmente por hierro (de ahí sus problemas con el pelo rojo), e hidrógeno. En lo relativo a la historia de su nombre, es conocido, o mejor dicho fue conocido, por todos los apodos y títulos que nombro, y por muchos más, destacando sobre todo su condición de estrella poderosa y compañera de El Cazador, Orión. Además, dado su estatus de estrella más visible del cielo, muchos de los antiguos pueblos; egipcios, sumerios, asirios, babilonios, griegos, romanos, polinesios, etc., basaron sus calendarios, o tomaron referencia para estos, en Sirius.

Me fascinan las estrellas, siempre lo han hecho, y aunque soy un desastre

para localizarlas en el cielo nocturno, se me da de maravilla tenderme de espaldas, ya sea sobre la arena de la playa o sobre la hierba en la sierra, y observar el firmamento nocturno mientras ellas me susurran sus historias.

Y aunque Sirius sea una estrella binaria que orbita a millones de millones de kilómetros sobre la tierra a mí me gusta soñar que en realidad Sirius A y Sirius B son dos enamorados que no pueden estar separados. Además, llamadme romántica si queréis, pero estudios astronómicos recientes apuntan la posibilidad de que exista una tercera estrella, Sirius C. Y que queréis que os diga, si algún día se demuestra la existencia de Sirius C, yo soñaré que

Sirius y Deneb han tenido un hermoso bebé estrella. Creo que se lo merecen.

Por otro lado, Deneb es uno de los nombres de astros que más me gustan, por eso lo elegí para este cuento. Ella es la estrella más brillante de la constelación Cygnus (El cisne), es una súper gigante blanca. Su nombre deriva del árabe Dhaneb y significa «cola», referido a la cola de un ave, en este caso, del Cisne. Sé que no tiene nada que ver con esta historia, pero me ha parecido oportuno explicar el porqué de su nombre.

Espero que os haya gustado este cuento... y que a partir de ahora reconozcáis la importancia que tiene Sirius, La Estrella de Oriente, en

nuestras casas, sobre nuestros árboles de navidad y en nuestros Belenes.

No querréis que vuestros hijos se queden sin sus regalos de Reyes porque estos se han perdido, ¿Verdad?

Agradecimientos

No puedo dar por finalizado este libro sin agradecer de todo corazón a José de la Rosa, maravilloso escritor y compañero, que me apoyara y confiara en este relato. Escribí *El Corazón de una Estrella* porque él me «picó» con su concurso navideño cuando era editor en La Máquina China, y ya sabéis lo que pasó después...

Tampoco puedo olvidarme de Lala, mi querida y dicharachera Laura Nuño. Cuando le pedí ayuda y consejo para meterme en este berenjenal que para mí (torpe como soy por naturaleza) es la

autopublicación, corrió, que digo corrió, ¡voló!, a llamarme por teléfono para contarme todo lo que tanto le había costado aprender y descubrir.

¿Puede haber una compañera mejor?

Y, por último, pero no por ello menos importante (más bien al contrario), muchísimas gracias María Paz García, por el apoyo incondicional, por las correcciones, por no cabrearte cuando te corto al teléfono con la excusa de que no tengo tiempo, por tener toda la paciencia del mundo y, en definitiva, por ser tan magnífica como eres.

¡Te quiero un montón Mamá!

NOELIA AMARILLO

Nací en Madrid el 31 de octubre de 1972, una fría noche de invierno en la que las brujas, fantasmas y demás seres preternaturales campaban a sus anchas por la ciudad, profiriendo terribles y agónicos alaridos. O tal vez no. Tal vez sólo eran mis berridos indignados al verme privada de mi refugio en el vientre materno.

Crecí en un barrio de Madrid y cuando tuve la oportunidad me mudé a mi propia casa, en la que convivo con

mi marido y mis hijas democráticamente (yo sugiero u ordeno y ellos aceptan o se rebelan según les conviene). Nos acompañan en esta locura que es la vida: Lola una iguana con complejo de gato, Clara y Jaime, dos tortugas que parecen perritos falderos, Verdín y Tiniebla, dos periquitos ruidosos; Pelusa, una gatita callejera que es la reina de la casa y, en primavera, unos 300 gusanos de seda propiedad de mi hija mayor que a mí me dan un asco tremendo.

Actualmente trabajo como secretaria/chica para todo en la empresa familiar, disfruto de mi tiempo libre con mi familia y amigas y, aunque parezca

mentira, encuentro tiempo para continuar haciendo lo que más me gusta en el mundo: leer y escribir novela romántica.

Podéis conocer todas mis novedades por Facebook, en mi página de autora: [Noelia Amarillo](#), por Twitter en [@noelia_amarillo](#) o en mi blog www.noeliaamarillo.com

BIBLIOGRAFÍA

Serie Amigos del barrio:

- 1 Falsas Apariencias
- 2 Cuando la memoria olvida
- 3 ¿Suave como la seda?
- 4 Atrévete a quererme

Serie Ardiente

- 1 Ardiente Verano
- 2 Bajo el calor de tu piel

Serie Crónicas del templo

- 1 El origen del deseo
- 2 Los lazos del deseo
- 3 El aprendiz del deseo
- 4 La reina del deseo

5 La magia del deseo

Independientes:

Amanecer Contigo

Quédate a mi lado

El Sacrificio del Verdugo

La Voz

La Sombra de tu memoria